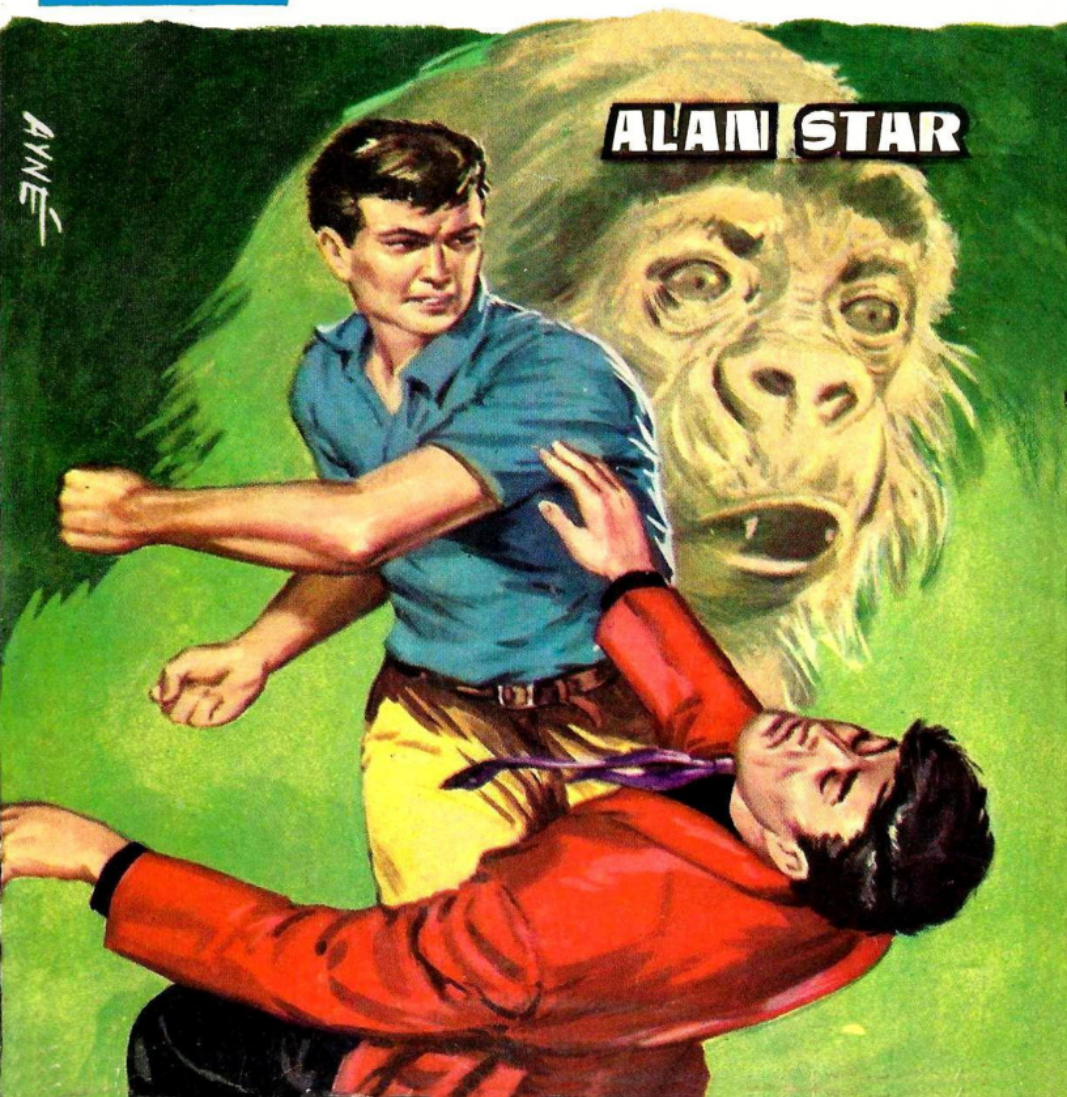


S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

OJO POR OJO

ALAN STAR



OJO POR OJO



OJO POR OJO

Por

ALAN STAR



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

© Ediciones Toray, S. A. – 1961

Depósito legal B. 11308 - 1961

Número de Registro: 769 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

UN PRÓLOGO QUE PODIA SER UN FINAL

Le habían tendido una trampa...

Él sabía que la muchacha, Judy, de quien se había enamorado a lo largo de aquella interminable investigación, estaba en el interior de la casa, y que ellos, los hermanos Rossini, armados hasta los dientes, le esperaban allí, pendientes de su primer fallo para llenarle el vientre de plomo.

Dorick sonrió, pero fue más una mueca y un rictus que una sonrisa, lo que entreabrió sus labios.

¡Estaría bueno que “ahora”, al final de aquel caso, le matasen estúpidamente, como a un perro!

Y no era que tuviese miedo—no lo había tenido nunca—, pero una impresión imprecisa, distinta a lo que había experimentado hasta entonces, parecía ponerle un peso extraño en el pecho.

Como si la camisa le apretase un poco más que de costumbre,

Dorick sabía perfectamente que aquella sensación estaba ligada a muchas cosas, lo que hacía que se explicase la ley de la SIP que prohibía que sus agentes fueran hombres casados.

Y era natural.

Él mismo, que en otras circunstancias se hubiera lanzado como un león al interior de la casa, dispuesto a matar o a morir, dudaba ahora. ¿Por qué? La respuesta era bien sencilla: amaba a Judy y pensaba casarse con ella en cuanto acabase el asunto, separándose definitivamente del seno de la Spacial International Police.

¿Cansado?

De ninguna manera, pero llega un momento en el que un hombre debe elegir. Y si una muchacha tan encantadora y bella como Judy ha aparecido en el camino de ese hombre... la elección ofrece muchas dificultades. Y hay ocasiones en que un tipo, que ha estado diez años corriendo el mundo y los planetas, con la Special-Lüger en la mano, disparando tiros a diestro y siniestro y persiguiendo a tipos de la peor catadura, se cansa y desea, como el resto de los mortales, poder acostarse en una cama, sin necesidad de sentir el relieve de la pistola debajo de la almohada.

Y hay otras muchas cosas en una familia: muchísimas más, ¿No es verdad,

amigos?

Todavía no había caído la noche, pero la tarde, entre dos luces, empezaba a hacerse oscura y las primeras sombras se habían anidado ya en los ángulos muertos, ennegreciendo los rincones,

Miró a la casa.

No tenía más remedio que entrar y hacía tiempo que estaba estudiando la manera de hacerlo. Por otra parte, sabía que los Rossini estaban en la planta baja y la muchacha también: ellos escondidos en alguna habitación y ella en el “living”, bajo la amenaza de las pistolas de los hermanos que dispararían en cuanto la muchacha hiciera el menor movimiento dudoso.

Se mordió los labios.

Había llamado a Callowan y ya recibió las órdenes para proceder a la detención de los hermanos Rossini, aunque el jefe de la SIP le había prevenido de su peligrosidad, ordenándole que hiciera fuego, tirando a dar, si ellos, como se esperaba, disparaban.

Habiéndose demostrado la culpabilidad de los dos hombres, en varios asaltos a mano armada, que había costado la vida a cuatro personas inocentes, poco importaba detenerlos o matarlos, aunque esto último era mucho más barato para la sociedad, que se ahorraría los gastos del proceso y manutención de aquellos granujas.

Tenía que decidirse.

No podía esperar allí hasta que se hiciese completamente de noche, puesto que era lo que ellos esperaban. También es verdad que él podía haber pedido ayuda a Callowan, pero desde que los Rossini se habían apoderado de la chica, Dorick estaba desesperado y quería arreglar las cosas por sí mismo, demostrando a aquella pareja de bandidos que bastaba un solo hombre de la SIP para liquidar la cuenta que tenían pendiente.

Había sabido, por uno de los cómplices de los italianos, que ya estaba en la cárcel, que los Rossini no se habían atrevido, hasta entonces, a hacer daño a la joven.

Porque si se atrevían a ponerle la mano encima...

Echó una nueva mirada a la casa.

Sabía que tenía que entrar forzosamente por la puerta de delante, pues las dos posteriores habían sido cerradas por los italianos que habían colocado tras ellas enormes barricadas de muebles.

Una linda trampa...

No tenía más que una posibilidad: entrar, proteger a la muchacha y disparar antes que lo hiciesen ellos; pero una cosa era pensarlo y otra llevarlo a cabo.

Fue entonces cuando, de la casa, le llegó un agudo grito de mujer.

—¡Los muy cerdos!

Estaban impacientes por terminar con él y deseaban precipitar los acontecimientos, poniéndole nervioso al mismo tiempo y haciendo que perdiese la sangre fría y el control de los nervios para poder tenerle mejor a su disposición.

Otro grito.

¡La estaban maltratando!

Sin poder contenerse más y luchando para conservar la serenidad, sabiendo que de ello dependía la vida de la muchacha y la suya propia, avanzó tangencialmente, aunque sabía que ellos no dispararían hasta que hubiese pasado la puerta y estuviese al alcance de sus armas, con la seguridad de no fallar.

Los Rossini eran prácticos.

Llegó ante la puerta y en efecto, tal y como lo esperaba, no ocurrió nada anormal. Por desgracia, los dos granujas italianos habían cerrado cuidadosamente las contraventanas para evitar que pudiera, desde afuera, hacerse la más mínima idea de la situación en el interior.

No eran tontos.

El grito, escalofriante, le llegó ahora con tal proximidad que le hizo estremecerse.

—¡Voy a sacarles las tripas!—rugió en voz baja—. ¡No tendré piedad con esos dos!

Esperó unos instantes, muy pocos. Y, de repente, dio una patada a la puerta, echándose al mismo tiempo al suelo.

No sucedió nada.

Desde el punto que ocupaba ahora veía parte de la habitación: unos sillones al fondo, un mueble tocadiscos, una lámpara de pie... y nada más.

Judy estaba fuera de su campo de visión.

Y como si desearan sacarle de dudas, contestando a las preguntas que mentalmente se estaba haciendo en aquellos instantes, la voz de uno de los Rossini, procedente de la izquierda, se dejó oír.

—¡Hola, polizonte! Creíamos que no ibas a tener las suficientes agallas para llegar hasta aquí... pero sabemos que eres un chico valiente y que, al mismo tiempo, te “tira” la muchacha. Te estás preguntando dónde está, ¿verdad? Nada más sencillo. A tu derecha, atada a una silla y pegada a la pared, junto a la ventana. Nosotros la vemos muy bien. ¿Nos oyes, asqueroso “poli”?

Una pausa.

Luego continuó la misma voz:

—Nosotros estamos a tu izquierda, apuntando a la chica con los “cacharros”. ¿Entiendes? Para hacer lo que estás pensando, no tienes más que

entrar. Te pondrás en nuestro campo de tiro, que ha sido muy bien calculado: las balas que no te peguen a ti irán directamente a la jovencita. ¿Precioso, eh?

El agente se mordió los labios.

“Después de todo — pensó—, tenía que esperar una cosa así. No iban a recibirme con toda clase de facilidades...”

De repente se dio cuenta que la puerta se abría hacia su izquierda y se sintió dichoso, con ganas de reír en voz alta, a carcajadas.

¿Cómo no se habrían dado cuenta los Rossini de aquel detalle?

Siempre ocurría igual.

Cuando un bandido medita algo, deja, fatalmente, un detalle al que no da importancia y que suele resultarle fatal.

Pensó que adelantarse un poco, unos cuantos centímetros, le permitiría ver a la muchacha, pero no le interesaba que ella le viese, ya que los italianos se darían inmediatamente cuenta de ello y podría ser fatal para los planes que estaban empezando a concretarse en su mente.

Se arrastró silenciosamente unos cuantos centímetros.

Y la voz de Luigi, el que había hablado antes, preguntó:

—¿No te decides, policía? Tienes miedo, ¿eh? ¡Y nosotros que creíamos que los del SIP tenían madera de héroes! Y hablando de madera, ¿qué color prefieres para el pijama de pino que te pondrán dentro de poco? Te aseguro que te complaceremos en tus deseos. En el fondo, nosotros somos un par de muchachotes sensibles y románticos.

¡Que hablase!

Eso era lo que interesaba. Porque mientras se rieran de él y lanzasen bravata tras bravata, él podría comprobar algunas cosas que eran imprescindibles para llevar a cabo el audaz plan que se había forjado.

Ahora veía a la muchacha y se alegró infinito que las ligaduras que la sujetaban al respaldo de la silla no le permitiesen mover la cabeza hacia ningún lado, lo que le impedía verle.

Judy estaba mortalmente pálida y sus hermosos cabellos de fuego parecían más rojos sobre la piel blanca de la cara.

—¡Malditos! —dijo entre dientes.

Calculó la distancia que le separaba de la silla, viendo que sería suficiente la longitud de la correa para hacer lo que se proponía,

Pero necesitaba un gancho.

Pensó febrilmente, hasta decirse que una de las esposas que llevaba podría servir, aunque debía hacer lo imposible por evitar que el ruido despertase las sospechas de los hermanos.

¿Evitar el ruido de las esposas al golpear la silla o el suelo? ¿Es que había perdido la cabeza?

No, no habría modo de evitar el ruido metálico. Por eso debía acertar a la primera.

Acertar o...

Se estremeció.

No tardó mucho en preparar lo que había imaginado, sujetando las esposas a la correa que se quitó en un abrir y cerrar de ojos. No pudo evitar, a pesar de todo, que le temblasen un poco las manos.

—¡Polizonte!—gritó ahora Renato—. ¿Te decides o no? ¿No ves que nos estamos aburriendo?

Dorick creyó que había llegado el momento oportuno de contestar. No quería que su prolongado silencio pudiera despertar sospechas en los hermanos y que éstos variasen la equivocada táctica que habían adoptado.

Avanzó un poco más, dejando la Special-Lüger en el suelo, al alcance de su mano ya que tenía que emplear las dos para lanzar la correa y las esposas.

Calculando la distancia y rogando en su interior no fallar, puesto que un error significaría la muerte de la muchacha, se decidió finalmente y, con un gesto brusco, lanzó el improvisado lazo.

La esposa abierta golpeó la pata, de la silla, rodeándola, mientras el ruido parecía, en la cabeza del agente, tan gigantesco como una explosión. No perdió tiempo. Tiró con fuerza e hizo bascular la silla, la que cayó, arrastrando en la caída a la muchacha.

Obró a la velocidad del rayo.

No podía perder un solo instante y se lanzó, hacia adelante, sin levantarse mucho, al mismo tiempo que los disparos estallaban en el interior como en una verdadera batalla.

Girando el cuerpo sobre el suelo y sintiendo que las balas pasaban por encima de él, vio perfectamente, en el fondo de la habitación vecina, a los dos hermanos precedidos por los fogonazos de sus armas.

Disparó con rabia.

La Special-Lüger saltó en su mano, encabritándose al ritmo de las ráfagas que brotaban del cañón.

Había apuntado con cuidado, a media altura, sabiendo de memoria que el arma se levantaba un poco al disparar por ráfagas. Así, las balas penetraron por encima del cuello de sus adversarios, destrozándoles la cabeza.

Todo duró unos pocos segundos, pero el ambiente, se llenó con un intenso olor a cordita y del humo que había brotado de los cañones de las armas.

El agente se puso en pie.

No tuvo más que echar una ojeada a los cuerpos de los Rossini para comprender que ambos habían muerto.

Luego corrió hacia la muchacha.

Judy se había desmayado y respiraba pausadamente mientras Dorick desataba las cuerdas que la mantenían sujeta a la silla. La pared estaba acribillada por los proyectiles y él se estremeció al pensar que de no haber hecho caer la silla, algunas de aquellas balas hubiesen, fatalmente, penetrado en el cuerpo de la joven.

Sacó en brazos a Judy y la llevó al coche, que había aparcado no lejos de allí, dirigiéndose después a la ciudad para comunicar a Callowan, por teléfono, que los Rossini ya no volverían a matar a nadie.

* * *

El habano que Callowan tenía entre los dedos dejaba escapar una ondulante línea blanquiazulada y que movía, serpenteando, hasta difuminarse a medida que ascendía hacia el techo.

Dorick tenía un cigarrillo entre los labios.

Había terminado de exponer el caso a su jefe, con todos los detalles que éste no conocía aún, sobre todo los de la muerte de los hermanos Rossini.

Y Donald le escuchó, sonriente, orgulloso de aquel muchacho, pero temiendo lo que iba a seguir.

Sin embargo, no dijo nada y esperó a que fuese el joven quien “rompiese el fuego”.

Pero Dorick Peyton estaba nervioso y no hacía más que dar frenéticas chupadas al cigarrillo, cuya punta se abrasaba como si fuese soplada por un fuelle.

¡Qué difícil era hablar de ciertas cosas con el jefe de la Spacial International Police!

Hubiera preferido mil veces más tener que verse las caras con otros hermanos Rossini, naturalmente sin la presencia de Judy.

Y todo era por ella.

Había dejado a la muchacha en un bar, no lejos de la Central de la SIP, esperándole hasta que se hubiera decidido a hablar del asunto personal con Donald.

Pero ¿se decidiría alguna vez?

Callowan terminó por tener pena de aquel muchachote, que tanto juego había hecho dentro de la organización. Y cogiendo su expediente, repleto de estupendas anotaciones de servicios realizados, peligrosos todos ellos, lo abrió, por la última hoja.

Y tomando una pluma preguntó con una sonrisa en los labios:

—¿Cuándo es la boda, muchacho?

El rostro de Peyton se iluminó.

—Yo, señor...,

—Lo sé, Dorick... es difícil decir algunas cosas; pero mi deber, entre otros muchos, es adivinar lo que piensan o desean mis hombres.

—¡Gracias!

—Soy yo, en nombre de la SIP, quien ha de dártelas. Por todo lo que has hecho a nuestro lado. Aquí tengo — y dio unos golpecitos en la carpeta abierta— la historia de un hombre que, durante diez años, se consagró por entero a luchar, valientemente, contra todos los que se empeñan en fastidiar a los demás. Puedes creer, sin que sea más que un juicio sincero, que me apena que te vayas.

—Yo también lo siento, señor... pero no hay más remedio.

—Lo comprendo.

—¿Cree usted que podré lograr la licencia de la SIP pronto?

—Ya la tienes, muchacho. Acabo de firmarla...

Y como el agente no dijese nada, dijo:

—Hay prisa, ¿eh?

Dorick enrojeció, sin poder evitarlo.

—Un poco, señor.

—Es comprensible. ¿Puedo saber dónde vas a instalarte y qué vas a hacer?

—He obtenido un puesto en la “T.M.C.”, señor. Es la Transport Mars Corporation, la mejor compañía de grandes transportes de Marte. Seré conductor de un Helicargo pesado, allí, haciendo la ruta desde Columbia, una pequeña ciudad del sur, hasta Space-Tity, la capital.

—Lo conozco. Es un viaje muy bonito. ¿Te pagan bien?

—Bastante.

—Me alegro mucho — le tendió la licencia que rompía su compromiso con la SIP—. Aquí tienes tu boletín de libertad...—había sonreído al decir aquellas palabras—. ¡Y mucha suerte, muchacho!

Peyton se puso en pie.

—Agradecido.

—No tienes que agradecer nada. Y ya sabes dónde nos tienes, por si nos necesitas alguna vez.

—No les olvidaré nunca, señor.

—De eso estoy seguro.

Se estrecharon la mano y el joven abandonó la Central. Tomó un taxi, a cuyo conductor puso nervioso, exigiéndole una prisa tremenda para que lo llevase, lo antes posible, al bar donde había dejado a Judy, al otro lado del Potomac.

Pagó el coche y se precipitó dentro. La vio sentada junto a la terraza. Ella le miró, llena de felicidad.

—¿Todo bien, querido?

—¡Bien! No perdamos tiempo. Vamos a casarnos y pasaremos la luna de miel en Marte. ¡Tengo ganas de estar lejos de aquí!

—Lo que tú digas.

No les fue difícil realizar la ceremonia, no muy lejos de allí, ya que Dorick había citado a dos amigos suyos, ambos agentes de la SIP, para que sirviesen de testigos.

Judy estaba bellísima, con el nuevo traje sastre que había comprado en Nueva York y que le sentaba como un guante. Él la miraba de reojo, arrobado por la esplendorosa belleza de la joven.

Momentos después, bajo la tradicional lluvia de arroz, abandonaban el despacho del juez.



CAPÍTULO PRIMERO



ENSA bruma cubría la tierra mientras el B-75, un helicargo de transporte superpesado, con sus sesenta metros de longitud y sus ocho rotores gigantescos se puso en marcha, saliendo del terreno de Columbia.

Tres mil kilómetros separaban aquella ciudad portuaria de Marte de la “capital” del planeta, Space City, situada en el interior de las tierras: 3.000 kilómetros que iban a suponer, a una velocidad media de 500 a la hora, seis horas de largo y monótono viaje.

Pesadamente, el B-75 hendía el aire, navegando a unos cincuenta metros de altura, ya que el terreno era liso como la palma de la mano y no había obstáculo alguno que se opusiese a su marcha.

Al Ruster se arrellanó plácidamente en su sillón y sacando un paquete de cigarrillos, tendió uno a su compañero. Sin decir nada y con el volante en las manos, Dorick lo tomó, dejando que el otro se lo encendiera. Aspiró con fruición la primera bocanada de humo perfumado.

Fue después, algunos segundos más tarde, cuando quitándose el cigarrillo de los labios pero sin volverse dijo:

—Tengo ganas de llegar, Al.

El otro sonrió.

—¡Lo comprendo! Dos semanas en Columbia han sido demasiado tiempo.

—¡Asquerosa huelga! Esos tipos de la sección de carga y descarga están protestando siempre.

—Es cierto.

—Por lo menos, tendrían que pensar en nosotros, los conductores, que no tenemos culpa alguna de lo que les pasa. Tenemos nuestras familias y es una estupidez tener que quedarse en Columbia hasta que los huelguistas y el sindicato se pongan de acuerdo.

—¡Y menos mal que lo han hecho! — suspiró Al—, Porque yo creía, como iban las cosas, que íbamos a tener que estar más tiempo ahí.

—¡Yo no lo hubiese, resistido!

—¡Y hubieras perdido tu trabajo!

Peyton se encogió de hombros.

—No lo sé, muchacho; pero ya pesa bastante tener que estar quince días fuera... Regularmente, pasamos cuatro días de viaje, entre la ida y la vuelta, la carga y la descarga y todos esos líos, no pudiendo estar en casa más que un día de cada cinco. ¿Te parece poco?

—Ya sabes que a mí me es igual. Los solteros somos más acomodaticios.

—Es verdad, pero mi caso es distinto.

—¡Claro que lo es! Sí estás aún en los principios. ¿Cuánto tiempo llevas

casado?

—Tres meses.

—¡Plena luna de miel! ¿No es cierto?

Dorick sonrió.

Luego, en voz baja, como si musitase sus palabras o hablase consigo mismo:

—Es deliciosa... encantadora...

—No te quito la razón. La conozco, amigo. Y te aseguro que si yo encontrase una mujer como Judy...

—¡La encontrarás!

El camino, a través de la noche, continuó: La bruma seguía siendo densa, pero no era aquello una cosa que les preocupase, ya que las seguridades de vuelo, sobre la llanura, eran completas,

Más tarde, después de un larguísimo silencio, respetando el que Al Ruster se hubiese adormilado y sabiendo que ya no les faltaba mucho, Dorick le dio suavemente con el codo.

—¡Despierta, dormilón!

Al se despertó, bostezando; luego preguntó:

—¿Qué hay?

—¿Qué quieres que haya? Hay que empezar a utilizar el radar; no debemos de estar lejos.

—Está bien.

Al encendió el aparato, observando atentamente el ir circular de la aguja y los brillos que despertaba a su paso.

—Sí — asintió—. Estamos cerca.

—¿Cuánto falta?

—Unos diez minutos. ¿Podrás dejarme en “Summer”⁽¹⁾?

—Sí, hombre, sí. ¿Dónde vas? ¿A jugar como siempre?

—Un poco. ¿Qué quieres que haga a estas horas de la noche?

—¡Claro! Como te has pasado durmiendo el viaje.

—Podías haberme dejado conducir un poco.

—No vale la pena; de veras. Ya sabes que no hubiese podido cerrar el ojo.

—¡Debe de ser emocionante estar enamorado como tú!

—No lo sabes bien.

Ruster siguió pendiente del radar, fundamental en aquellos momentos, al acercarse a la ciudad y sus altos edificios. Generalmente, el helicargo la contorneaba, hasta posarse en los terrenos que la Compañía tenía al otro lado de la villa y donde debía quedar el B-75 para que lo descargasen a la mañana siguiente.

Pero como Ruster deseaba quedarse en el barrio en el que residía, para

pasar un rato jugando con sus amigos, Dorick tuvo que dirigir directamente el aparato, de modo a dejar a su amigo lo más cerca posible de donde deseaba aparecerse.

En la pantalla del radar las impresiones se hacían más intensas cada vez. Y Al, prevenido, dijo:

—Puedes disminuir la marcha, muchacho. Ya estamos llegando.

Peyton obedeció.

Los poderosos rotores disminuyeron la intensidad en el giro de sus paletas y el pesado vehículo frenó un tanto. En verdad, era un coloso, una especie de "cigarro puro", alargado, con un pasillo central y su "cala" repleta de las mercancías más variadas.

Doscientas toneladas de carga.

—Prepárate a frenar más, chico.

Peyton fue disminuyendo la marcha, viendo ya, a través del parabrisas, las luces intensas de la ciudad. Manióbró con una habilidad que le había convertido en uno de los mejores conductores de la Compañía, acercando el coloso volador hasta detenerlo sobre unos jardines, ya casi encima de los primeros edificios.

Se volvió, sonriendo a su amigo.

—¿Te va bien aquí, muchacho?

El otro le devolvió la sonrisa.

—¡Eres un buen camarada, Dorick! Me has dejado a un centenar de metros de la casa a la que voy.

—Ten mucho cuidado y no pierdas mucho dinero.

Al rio.

—Yo no tengo que rendir cuentas a ninguna mujercita; no lo olvides.

—Bueno: algún día tendrás que hacerlo.

—¿Cuándo nos vemos?

—No antes de mañana por la noche; es decir, de hoy por la noche, puesto que pronto va a amanecer... ¡Maldita sea! Sólo un día libre.

—Pronto podremos pedir permiso. No nos han dado ninguno desde hace mucho tiempo.

—¡Ojalá sea así!

—Lo será. Hasta mañana, amigo. Saluda a tu esposa de mi parte.

—No faltaré. ¡Adiós, Al! Que te diviertas.

—Gracias.

Ruster abrió la portezuela de su lado y se dejó caer al suelo, ya que su amigo había descendido el aparato hasta casi rozar la hierba del parque.

Dorick esperó a que su amigo se alejase un poco para dar toda la fuerza ascensional a los rotores, haciendo que el aparato se elevase rápidamente. Luego lo hizo girar sobre sí mismo, orientándole hacia el camino de

circunvalación que debía hacer para llegar al otro lado de la ciudad.

Sonreía.

Una felicidad enorme le invadía al pensar en la sorpresa que iba a dar a su Judy. Con toda seguridad, ella no le esperaba, pues la había escrito desde Columbia diciéndole que no estaba seguro del momento en que volvería.

Le gustaba sorprenderla.

Y ahora, al imaginar que penetraría en la casa silenciosamente, de puntillas, acercándose poco a poco a la cama donde ella dormía, se estremeció de gozo.

A su izquierda, la ciudad desfilaba como un mundo lleno de luminosidad, estampado sobre el negro fondo de la noche, pareciendo que las estrellas habían caído incluso sobre las calles, como si todo fuera cielo.

Respiró con ansia.

Momentos después, veía las señales del campo de aterrizaje de la Compañía. Nadie le esperaba ni era necesario que lo hiciese. Sólo el viejo guardián, como siempre.

Se encogió de hombros.

Un poco más tarde, posaba el aparato en su lugar correspondiente, no muy lejos de los almacenes, dejándolo lo más cerca posible del lugar al que debían ser llevadas las mercancías que contenía su cala.

“Hay que facilitar el trabajo de los otros — se dijo—. Los pobres muchachos estarán aquí casi al rayar el alba...”

Sí, así pasaría. Cuando él ya estuviera en la tibieza de las sábanas, feliz por la proximidad de Judy, ellos estarían descargando las mercancías. Claro que en aquel momento muchos de ellos estarían muy a gusto...

Era la vida.

Una vez detenido el aparato y tras cerrar el cuadro de mandos, Dorick bajó, de un salto ágil y se dirigió hacia la salida, con paso apresurado.

—¿Eres tú, Peyton?

Era el viejo Corney, el guardián del terreno.

—Sí, soy yo.

—Lo supuse. ¿Cómo ha ido la huelga de Columbia?

—¡Bah! No saben lo que quieren. Pero a nosotros nos han fastidiado.

—Supongo que Al se habrá apeado antes, ¿verdad?

—Sí, pero no digas nada.

—¿Me crees un “soplón”? Dame la hoja de ruta y lárgate. Comprendo que tengas prisa por llegar a casa.

—Sí, es verdad que tengo prisa.

—¡Buenas noches, muchacho! Y saluda a tu esposa de mi parte.

—Así lo haré.

“Tu esposa”.

¿Podía haber palabras más bonitas?

Iba aprisa, deseando tener la suerte de encontrar un taxi, ya que su casa estaba bastante lejos de allí y le hubiera costado cerca de media hora a Pie.

Claro que a aquellas horas...

Pero tuvo suerte y entró en el vehículo, que salió veloz hacia el barrio donde vivía. Encontró que la marcha era lentísima y que aquel cacharro tenía la categoría de un caracol.

Por fin el coche se detuvo ante la verja del jardín que rodeaba la casa. El joven pagó, esperando que el vehículo no hubiese despertado a Judy.

Esperó unos segundos.

La casa estaba a oscuras y todas las ventanas estaban cerradas.

“No, el coche no la ha despertado — pensó—. Mejor es así.”

Empujó la verja con toda precaución, logrando que se abriese sin ruido, a pesar de que los goznes necesitaban un poco de grasa. Luego atravesó el minúsculo jardín, llegó hasta el porche y se dispuso a abrir la puerta de la casa, cosa que hizo con el mismo cuidado.

La cerró tras él.

Por fortuna, la escalera estaba cubierta por una alfombra lo suficientemente espesa como para ahogar por completo el ruido de sus pasos. Así llegó, sintiendo los acelerados latidos de su corazón, hasta el dintel de la puerta del dormitorio.

Contuvo la respiración.

El perfume que usaba Judy flotaba sobre el ambiente, como si su presencia se quisiera manifestar por todas partes.

Avanzó hacia el lecho, sin temor a tropezar con nada, ya que conocía de memoria la distribución de los muebles. Y poco después llegaba a la cabecera de la cama, decidiéndose entonces a buscar a tientas el conmutador de la pequeña lámpara que había sobre el lecho.

La luz le hizo entornar los ojos, pero no cerrarlos del todo. Así pudo ver que el lecho estaba vacío y sin deshacer.

Frunció el ceño.

Luego encendió las otras luces, todas. Una iluminación cruda lo inundó todo., aumentando la sensación de vacío que había experimentado al comprobar que Judy no estaba en la cama.

Si recorrió después la casa, dejando las luces iluminadas tras él, fue por puro formulismo, ya que sabía que su esposa no estaba en casa.

Hizo un esfuerzo, intentando encontrar una respuesta a las angustiosas preguntas que su mente le estaba formulando. Después de todo, el que Judy no estuviese no constituía ninguna tragedia, puesto que ella tenía algunas amigas y era muy posible que, sabiendo que él no iba a volver, hubiese ido a

algún espectáculo, quedándose a dormir después con alguna para no volver a aquellas horas a casa.

“Tiene toda la razón — se dijo—. Después de todo, estar sola no es nada agradable para una muchacha llena de vida como ella.”

Por eso, desde el principio, le había autorizado— ¡y no porque lo necesitase!—a seguir haciendo algunos trabajos de enfermera, la antigua profesión de Judy, a fin de que no se quedase todo el día en casa... También pensaba que quizás el doctor Sawson la hubiese retenido al lado de algún paciente grave.

Se precipitó al teléfono, conteniéndose cuando ya había descolgado el aparato.

¿Cómo llamar a casa del doctor a aquellas horas de la madrugada? ¡Era ridículo e impropio!

Sonrió.

—Estoy haciendo una montaña de un grano de arena — se dijo, en voz alta.

Fue de nuevo hacia la cocina y abrió la nevera, de donde sacó unos fiambres y un par de botellas de cerveza. Se sentó allí mismo, devorando el jamón con verdadero apetito y bebiendo con ansia,

Era un idiota al pensar de aquella manera, pues Judy no se merecía unos celos tan estúpidos como inmotivados. Era bonita, mucho, y los hombres debían volverse a su paso, por las calles de la ciudad; Pero ella le amaba mucho, como le había demostrado mil veces...

—¡Soy un idiota que no sabe apreciar la felicidad que le ha dado una mujer deliciosa!

Porque después de todo, ella debía defenderse contra el aburrimiento de las largas horas que pasaba sola. Y por eso él hacía lo imposible para prepararse para los exámenes que le convertirían muy pronto en inspector de la Compañía y entonces no tendría que abandonar la ciudad.

¡Entonces sí que sería completamente feliz!

Se dijo después que lo mejor que podía hacer era echarse a descansar un poco; pero, a pesar de que se desnudó, poniéndose el pijama que encontró doblado y perfumado en el armario, terminó por ponerse la bata y sentarse en el “living”, incapaz de meterse en la cama.

No hubiera podido dormir.

Fumando cigarrillo tras cigarrillo y preocupado a pesar de las tranquilidades que le proporcionaba su espíritu y su cariño por su esposa, permaneció allí, viendo llegar el día que penetró por los amplios ventanales de la sala de estar.

Judy, estaba seguro, llegaría en uno de los primeros helibuses que unían el barrio con el resto de la ciudad. Y una vez estuviese allí, él se prometía no hacer preguntas estúpidas, limitándose a estrecharla muy fuerte entre sus

brazos.

Fue un poco más tarde, sin darse cuenta, que se quedó dormido, después de luchar inútilmente contra unas cabezadas.

El timbre de la puerta le despertó.

Brutalmente.

Se puso en pie de un salto. Y al hacerlo no pudo evitar estremecerse de pies a cabeza.

Tardó unos segundos en reaccionar. Cuando el timbre sonó por segunda vez el joven fue hacia la puerta. La abrió y encontró al otro lado, a un agente de policía de la ciudad.

Se le quedó mirando, sin saber qué decir. Y tuvo que ser el agente quien rompiese el silencio penoso que se había hecho.

—¿El señor Peyton?

—Sí. ¿Qué desea?

—El comisario le ruega que pase por la Central de Policía de la ciudad para un asunto que le concierne personalmente.

—¿Es... por mi esposa?

El otro sonrió, tristemente, como si lamentase no poder calmar un poco la angustia que leía en el rostro de Dorick.

—Lo siento, pero no me han dicho nada más. Lo que sí le ruego es que pase cuanto antes.

—Muchas gracias.

El otro se alejó hacia la puerta del jardín, y Dorick se quedó allí, mirando al policía, sin que su mente pudiera darle respuesta a todo lo que él hubiese deseado saber en aquel momento.

CAPÍTULO II



QUELLA misma noche y mientras Dorick y su amigo Al sobrevolaban las estepas áridas del planeta, el “Finger Ring” ofrecía un aspecto verdaderamente excepcional.

Hasta aquella noche, nunca había conocido su dueño, Robert Leamen, un éxito de caja como entonces. El local estaba lleno de gente elegante y las botellas de champaña se descorchaban por docenas, viéndose casi incapaces los camareros para atender a las demandas que los clientes les hacían.

Robert había pasado por la cocina, sonriendo al ver que su “chef”, así como sus cuatro ayudantes trabajaban sin descanso, preparando los delicados platos que formaban parte del menú archiconocido de su restaurante.

No podían ir mejor las cosas.

Claro que Robert no era de los hombres que exigían que su clientela fuese de una categoría especial. Con tal que fueran elegantemente vestidos y llevasen la cartera repleta de billetes era más que suficiente.

Por eso, el haber visto entrar a Jack Alsaker no le preocupaba demasiado, a pesar de que dos de los hombres, de los cuatro que acompañaban a Jack, no le gustaban nada.

Pero estaba la muchacha.

Había muchas mujeres bellas en el salón y no había más que echar una ojeada general para percatarse de ello; pero, no obstante, la hermosura de aquella pelirroja resaltaba sobre todas las demás mujeres de una manera que no dejaba lugar a dudas.

Robert la había estado mirando con detenimiento, preguntándose dónde demonios podía haberla encontrado Alsaker. Aunque no fuese más que indirectamente, conocía a aquel granuja y a pesar de no poseer datos concretos sobre sus actividades, estaba seguro de que se hallaba hundido en asuntos sucios desde que había llegado a la ciudad, algunos años antes.

Ajeno a la atención de que era objeto por parte del dueño del local, Alsaker, grueso, adiposo, observaba la mesa con una sonrisa, pareciéndole aquello una simple comida familiar o una reunión de amigos que hubiesen estudiado juntos.

A pesar de que todos sonreían, él sabía que algunos de los invitados

estaban pensando en el momento en que él, Jack, se hiciera viejo y fallase en algo para “sustituirle” inmediatamente.

Sin reparar en “medios”.

Al pensar en esto, no pudo contener una explosión de risa franca, segura, firme. Y levantando la copa que tenía ante él exclamó:

—¡Por nuestros negocios!

Kester Wells frunció el ceño.

No le gustaba mucho aquella seguridad de la que hacía alarde el jefe. No se había fiado nunca de nadie y menos de Jack; pero tenía que hacerlo..., al menos por el momento.

Alsaker, que había sorprendido el fruncimiento de ceño de su socio y el brillo colérico de sus pupilas, sonrió, volviendo ostensiblemente su mirada hacia la muchacha.

—¿Contenta, Judy?

Ella sonrió.

—Muchísimo, Jack.

Estaba realmente hermosa, con su traje de noche plateado — Alsaker imaginaba lo que la muchacha había pagado por ello —y, sobre el respaldo de la silla, el precioso abrigo de visón que brillaba bajo la luz del salón.

Él se inclinó para poder hablarle en voz baja, mientras los otros bebían y reían.

—¿De verdad que estás contenta?

—Sí, Jack. Cuando se tiene todo lo que se ha deseado en la vida, ¿cómo no estar contenta?

—Nosotros también estamos muy contentos contigo..., sobre todo yo. Lo has hecho muy bien, pequeña, de verdad.

—Me alegro.

Alsaker sonrió.

—¿Bailamos? — propuso, después de unos instantes de silencio.

—Como quieras.

Se levantaron y fueron a la pista donde ya había media docena de parejas que seguían el lento ritmo que estaba interpretando la orquesta.

Jack la aprisionó en los brazos, pensando en lo dichoso que hubiese sido con una mujer como aquélla; pero nunca había mezclado el amor con los negocios, sabiendo que tales mezclas suelen resultar poco convenientes.

Sin embargo, en aquellos momentos, en la proximidad de Judy, se sentía ligero, como cuando tenía treinta años. Y de no haber tenido la cabeza sentada sólidamente sobre los hombros, hubiese cometido cualquier locura por conquistar a la muchacha.

Fue en aquel momento cuando podía permitirse unos instantes de ensueño, olvidando las dificultades que tenía con el resto de la banda, cuando un pitido agudo, en la puerta del salón, le hizo volver a la realidad a una velocidad espantosa.

—¡La policía! — gritó alguien.

Hubo carreras, intentos de escapar por la puerta posterior, pero unos agentes cortaron bruscamente el paso a los más atrevidos y los elegantes clientes del “Finger Ring” tuvieron que rendirse a la evidencia y darse cuenta de que no podrían escapar de allí.

Judy se movió velozmente, escapando de los brazos de Jack. Éste, después de los primeros momentos de confusión, la alcanzó y la tomó por el brazo.

—Volvamos a la mesa, querida. Y no temas nada.

Ella le miró sonriente.

—No temo nada, Jack.

Un inspector rugió desde la estrada de la orquesta, a la que se había subido:

—¡Todo el mundo a su mesa!

El orden fue volviendo con rapidez y momentos más tarde los policías, distribuyéndose por los espacios entre las mesas, empezaron a comprobar la identidad de los allí presentes.

Fue el inspector McLaine, en persona, el que se acercó a la mesa en la que estaban Jack y sus amigos.

Miró al jefe de la banda, del que ya sospechaba hacía mucho tiempo. Y con una sonrisa preguntó:

—Nos damos buena vida, ¿eh, Alsaker?

El “gangster” le devolvió la sonrisa, sin inmutarse.

—Hacemos lo que podemos, inspector. Tome, mis papeles...

Antes de cogerlos, Tibble McLaine sabía perfectamente que los papeles de aquel granuja estaban en regla. No era la primera vez que le sorprendía en una salida de la policía; pero nunca pudo llevárselo a la comisaría para charlar, como tanto deseaba, un poco con él.

A solas.

Miró la documentación, devolviéndosela a Jack. Luego, llamando a dos policías más, ordenó:

—¡Eh, vosotros! Cachead a estos “caballeros”.

Dos de los presentes: Alfred Tsongas y John Davey, se pusieron en pie, pero McLaine, que no tenía nada de tonto, sacó la pistola, apuntándolos mientras advertía:

—¡Quietos, amiguitos! Y levantad las manos.

Los agentes les cachearon rápidamente. Les recogieron sendos revólveres que llevaban en sus correspondientes sobaqueras.

Tibble sonrió.

—¡Caramba!—exclamó, mirando triunfalmente a Jack—. ¡Vaya invitados que sientas a tu mesa, Alsaker!

Éste se mordió los labios.

Hubiera abofeteado a aquellos dos idiotas por haber llevado las armas a la cena.

—No los conozco de nada.

—Ya sé, ya sé—dijo el inspector—. Los encontraste en la calle, te dio lástima de ellos y los invitaste a cenar. ¡Siempre tuviste buen corazón, amigo mío!

Y cambiando de tono, dirigiéndose a los agentes, exclamó:

—¡Al coche con todos! Por fin, esta vez tendremos tiempo de hablar un poco, el amigo Jack y yo.

Todos se pusieron en pie, excepto Judy.

Pero el inspector dijo:

—Tú también, preciosa. La verdad es que nunca te he visto, pero debe de ser muy agradable lo que tienes que contarnos.

Ella se encogió de hombros, lanzando una furibunda mirada al policía.

Luego siguió a los otros.

Una vez en la comisaria, McLaine no perdió el tiempo. Y dirigiéndose a su ayudante dijo:

—Haz venir a la muchacha, Tony.

—¿Va a ser ella la primera?

—Sí. Luego hablaremos con Jack, pero para eso llamarás a Timothy.

—Sí, señor.

Tony Dworak, un muchacho alto, rubio y bien parecido, abandonó el despacho del inspector, volviendo poco después con Judy, que se envolvía en su precioso abrigo de visón.

—Siéntate — le ordenó Tibble.

Ella obedeció.

Había perdido gran parte de su serenidad, y ahora su frente ya no estaba lisa, sino cubierta de finísimas arrugas paralelas que, junto al entrecejo fruncido, no conseguían afearla en absoluto, prestándole incluso un nuevo tipo de belleza nada desagradable.

Tony se quedó a un lado, tomando después un dictáfono cuando McLaine le hubo hecho un gesto.

—Veamos— empezó diciendo el inspector—. ¿De qué conoces a Jack y a

los otros?

—El señor Alsaker es un cliente mío.

—¿Cliente? ¿En qué sentido?

—Yo soy enfermera y he estado inyectándole todo este tiempo. Ayer me llamó, puesto que ya estaba bien del todo, para invitarme a cenar.

—¿Eres casada o soltera?

—Casada.

—¿Quién es tu marido?

—Dorick Peyton.

—¿Dónde trabaja?

—En la Compañía General de Transportes: es conductor de un helicargo, el B-75.

—Muy bien. Ahora quiero que me digas la verdad respecto a Jack.

—Ya la he dicho.

—De acuerdo. ¿Qué sueles ganar por tu trabajo de enfermera?

Ella dudó.

Pero luego dijo decidida:

—Unos dos mil al mes.

—¿Llevan mucho tiempo trabajando?

—Poco.

—¿Cuánto?

—Tres meses.

—¿Y vas a hacerme creer que en tres meses has conseguido ahorrar para pagarte ese abrigo de visón? ¿Quién te lo ha comprado?

Judy se mordió los labios.

—Te cuesta urdir otra historia, ¿eh? Está bien, princesa... ¡Llévatela, Tony!

—Sí, señor...; vamos, señora...

—Y trae a Jack. Es posible que sea más explícito. ¡Ah! ¿Qué hacen con los otros?

—Están abajo, señor, en cuartos distintos. Los muchachos se están encargando de ellos.

—Bien.

No tardó mucho en volver el joven policía, llevando a Jack y acompañado por una especie de gigante, de rostro bondadoso, pero de ojos que poseían un brillo acerado e inquietante,

—Siéntate — ordenó el inspector.

Y cuando el otro lo hubo hecho dijo:

—Ya te imaginas que tenía muchas ganas de tener un bis a bis contigo, Alsaker. Verdad es que hasta hoy, hasta esta noche, no lo he conseguido. Pero tus amiguitos, al ir armados, me han permitido este placer. Y deseo prevenirte que todo lo que digas aquí irá contra ti.

—Quiero ver a mi abogado.

—Tiene anginas y no podrá venir hasta mañana.

Jack se mordió los labios, sin decir nada más.

Y el inspector preguntó:

—¿En qué empleas estos dos matones, Alsaker?

Nada.

—¿Cuáles son tus negocios de ahora?

Nada.

—¿Qué hacía esa mujer contigo?

Nada.

McLaine frunció el ceño.

—Pregúntaselo tú, Timothy — dijo.

El gigante se acercó. Y antes de hablar, soltó un puñetazo formidable que tiró a Jack, con la silla, de espaldas. Tony le incorporó.

—¿Vas a contestar? — inquirió el gigante.

—¡Vete al infierno!

Otro golpe, pero ahora en una oreja, sin tirarle de la silla. A Jack le pareció que algo había estallado en su cerebro y continuó oyendo campanillas en el interior de su cabeza durante un buen rato.

McLaine esperó pacientemente.

—¿Vas a hablar? — preguntó luego.

—Quiero ver a mi abogado.

Tibble se levantó.

—Seguid trabajándole, amigos. Luego volveré. Voy a ver lo que hacen los otros.

Cerró la puerta, al tiempo que oía otro de los golpes que Timothy daba al detenido.

Se mordió los labios.

Alsaker era demasiado listo para hablar.

Descendió a los sótanos y llamó a los hombres que se habían ocupado de los otros. Y todos le dijeron lo mismo: que estaban perdiendo el tiempo y que los detenidos eran “duros” de verdad, que no despegarían los labios aunque les hiciesen trizas.

McLaine volvió a su despacho.

Jack estaba en la silla, limpiándose con un pañuelo la sangre que le había salido de la nariz y la boca.

El inspector miró a Tony, quien negó con un gesto de cabeza.

Tibble fue hasta su asiento y se dejó caer. En aquellos momentos se sentía terriblemente cansado.

—Está bien — dijo después—. Soltad a éste y al otro: uno que se llama David Eubank. No llevaban armas y sus papeles estaban en orden. Pero encerrad a los otros dos. ¿Entendido?

—Sí.

Alsaker se puso en pie, sonriendo, con una mueca, ya que los labios hinchados debían hacerle daño.

—Muchas gracias, inspector.

Tibble le fulminó con la mirada.

—Nos veremos las caras, Alsaker: algún día cometerás un error. Y entonces no te librará ni tu propia madre que viniese aquí.

El otro siguió sonriendo, pero no dijo nada.

Una vez que Timothy se hubo llevado al detenido, McLaine suspiró y mirando a Tony dijo:

—Vamos a dar un buen disgusto a un hombre, muchacho. Pero no tenemos más remedio que hacerlo.

—¿Se refiere usted al marido de esa...?

—Sí. Manda un agente a su casa. Y si está, que venga a verme esta mañana, cuanto antes.

—Bien, señor.

* * *

Cuando Alfred fue conducido a la celda donde se hallaba su compañero y la puerta se hubo cerrado tras él, se quedó mirando el rostro hinchado de John, estallando después en una carcajada.

—¿Cómo te han puesto la cara, Davey! ¿Pegan fuerte, ¿eh?

El otro sonrió débilmente.

—Son unos puercos. Pero pegan bien: hay que reconocerlo.

—¿Sabes que han soltado a Jack y David?

—Me lo imagino. Ellos no llevaban “cacharros” encima.

—Sí.

—¿Y la muchacha?

—No lo sé..., ni me importa.

Hubo una pausa.

Después Alfred dijo en voz baja:

—Oye, amigo...

—¿Qué quieres?

—¿Y si intentásemos irnos de aquí?

—¿Te has vuelto loco?

—Lo estaría si quisiera quedarme. ¿Te das cuenta de lo que se nos va a echar encima si nos llevan ante el juez? Por lo menos diez años... No olvides que saben quiénes somos y conocen nuestros antecedentes. Tú y yo no somos como Jack y David.

—Lo sé.

—Podríamos intentarlo al menos.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Nos peleamos, destruimos la mesa y las sillas. Y cuando venga el guardián le damos un buen golpe y salimos corriendo. Esto no es la cárcel y la gente entra y sale en la comisaría constantemente.

—¿Olvidas nuestros aspectos?

—Eso no tiene importancia. También Jack y David habrán salido con la cara hecha puré.

—De acuerdo.

Hubo un gran estrépito y no tardó ni quince segundos en abrir la puerta un carcelero, que vio a John en el suelo, quejándose, revolviéndose como si se estuviera muriendo.

—¡Ay, ay!

—¿Qué ha pasado aquí?— preguntó el vigilante.

Y fue en aquel momento cuando Alfred, que se había ocultado tras la puerta, que le cubrió por entero al abrirse, saltó sobre él.

El golpe que recibió el guardián no necesitó ser repetido. Alfred sabía lo que se hacía y lo dejó tendido, con la seguridad de que tardaría bastante tiempo en recuperarse.

—¡Vamos, John!

Salieron, cerrando la puerta tras ellos. Luego avanzaron con toda clase de precauciones, subiendo las escaleras que daban a la salida que desemboca en el inmenso vestíbulo de la comisaría.

Aquello estaba lleno de público y no les fue difícil escurrirse, deslizándose junto a las paredes, hasta llegar a la escalinata, por la que bajaron, más que aprisa, precipitándose hacia la parada de taxis, donde subieron a uno, dándole las señas de la casa de un viejo amigo, en las afueras de la ciudad, donde podrían ocultarse hasta que la tormenta pasase.

—¡Lo hemos conseguido, Alfred!

—Ya te lo decía. Y nos hemos escapado de una buena...

—Nunca hubiese creído que íbamos a lograr escapar.

—Pues ya lo has visto. ¡Y ahora pueden correr para echarnos el guante encima!

CAPÍTULO III



ORICK había logrado comprarse un pequeño coche biplaza, del que no le quedaban más que tres plazos a pagar. Algunas veces, cuando había conseguido un permiso de dos días, había salido con el vehículo y Judy para pasar un delicioso fin de semana.

Y ahora tomó aquel coche, que tenía encerrado en un garaje cercano a su casa, para dirigirse a la comisaría en la que había sido convocado.

Estaba, nervioso.

Su seguridad en que algo había ocurrido a su esposa fue creciendo a medida que se acercaba al edificio policial, ante el que se detuvo poco después, aparcando el coche y corriendo por las escalinatas que le llevaron hasta el vestíbulo.

Tuvo que detenerse ante un agente, quien le informó de dónde estaba situado el despacho del inspector McLaine.

Al entrar en la estancia, donde también estaba Tony, Peyton miró al hombre que estaba tras la mesa de despacho y acercándose a ella, hasta poner encima de su borde las dos manos, preguntó:

—¿Dónde está mi esposa? ¿Qué le ha ocurrido?

—Tenga la amabilidad de sentarse, señor Peyton.

—Pero...

—Haga el favor de sentarse. A su esposa no le ha ocurrido nada grave. Está perfectamente bien. Luego la verá.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque tenemos que hablar antes. ¿Un cigarrillo?

—Bien; gracias.

Lo encendió, sin poder controlar el temblor de sus dedos.

Luego el inspector preguntó;

—¿Ha oído hablar de un tal Alsaker?

—No.

—¿Y de David Eubank?

—No.

—¿Tampoco de Kester Wells? Es el otro nombre que David suele utilizar.

—No, no señor No conozco a nadie que tenga esos nombres. ¿Por qué?

—Un poco de paciencia.

—Pero ¿dónde está mi mujer?

—Aquí. Luego la verá...

Dorick frunció el ceño y continuó dando grandes chupadas al cigarrillo.

—¿Cuánto gana usted en la Compañía?

—Unos cuatro mil.

—¿Y su esposa?

—¿Qué quiere usted decir?

—Le he preguntado que cuánto gana su esposa

Dorick sonrió, aunque se veía que le costaba hacer aquella mueca.

—¡Oh, Judy trabaja porque quiere..., para distraerse, ya que pasa sola la mayor parte del tiempo!

—No ha contestado a mi pregunta.

—Pues... no sé exactamente, ya que el dinero lo emplea para ella, para sus pequeños gastos y caprichos..., pero creo que me dijo una vez que cuando todo le iba bien llegaba a los dos mil... Es enfermera, ¿sabe?

—Sí, lo sé.

—¿Puedo verla ya?

McLaine miró a Tony.

Hubiese dado cualquier cosa por no tener que destruir el ideal de aquel hombre, de no hundirle para siempre, como fatalmente debía ocurrir.

—Creo que será lo mejor. Hazla pasar, Tony.

—Sí, señor.

Dorick se volvió hacia la puerta que el otro había dejado abierta y por la que, momentos más tarde, penetraba la mujer.

Se quedó como viendo visiones.

—¡Dorick!—exclamó ella, pero sin avanzar.

El joven se puso en pie.

La miraba sin comprender; miraba su vestido de noche, su collar de perlas, las sortijas cuyas piedras brillaban intensamente..., y el lujoso abrigo de visón que la cubría los hombros.

—¡No! —rugió, como un animal salvaje que hubiese sido herido de muerte.

Los policías, respetuosos y en silencio, miraban dolorosamente la escena.

Dorick se acercó a su esposa. Se detuvo ante ella, mirándola como a una mujer extraña. Y extendiendo el brazo, pero sin llegar a tocar el abrigo,

señalando todo lo que ella llevaba, preguntó:

—¿Qué significa esto? ¿De dónde lo has sacado?

—Yo...

—¡Calla!

Estaba pálido, blanco como el papel.

Luego, su furia largo tiempo contenida estalló:

—¡Contesta! ¿De dónde has sacado eso? ¡Yo no te lo podía comprar, ni tú tampoco con lo que ganabas! ¿Quién te lo ha dado?

—Escucha, querido...

Él no pudo resistir más, y la palabra “querido” fue como la gota que faltaba para rebasar el vaso ya repleto.

Su mano derecha salió disparada, golpeando, con el dorso, el rostro de la mujer. Un, hilillo de sangre brotó de la boca de ella.

Dorick se volvió hacia el inspector.

—¿Me necesita usted para algo más, señor?—inquirió.

—No, no creo. A menos que sea usted quien tenga algo más que decir...

—No, no tengo nada que decir.

Y abandonó el despacho, sin mirar a aquella mujer que había hundido para siempre su fe en el mundo.

* * *

Aproximadamente a aquella hora y mientras Dorick, con la cabeza a punto de estallar, salía de la comisaría, yendo hacia su coche y tropezando con todo el mundo, cuatro mujeres estaban haciendo la limpieza del “Finger Ring”, y una de ellas vio algo que sobresalía del asiento de uno de los sillones.

La mujer tomó el objeto, sin comprender de lo que se trataba, intentando vanamente abrirlo.

Era una especie de cajita rectangular, forrada en piel, y la mujer lo confundió al principio con un estuche de cigarrillos; después, aburrida y sin saber de qué se trataba, terminó por decirse que lo mejor, como había hecho otras veces, era entregar aquel objeto al dueño del local, que solía gratificarla cuando su poseedor lo reclamaba.

Con los brazos remangados y después de secarse las manos, se dirigió hacia el fondo de la sala y tomó el pasillo, a cuyo término se hallaba el despacho del dueño.

Robert solía despertarse bastante pronto para repasar las cuentas de la noche anterior. Cuando la mujer se asomó a la puerta que él había dejado entreabierta, Leamen estaba con una bata de seda, escribiendo en los libros de contabilidad que se abrían sobre la mesa.

—Señor...

Robert levantó la cabeza, mirando a la mujer.

—¿Qué desea?

—He encontrado esto, señor. Estaba detrás del asiento de uno de los sillones de la mesa número ocho.

Robert tomó el estuche que ella le tendía, mientras su mente trabajaba intensamente.

La mesa número ocho era la que habían ocupado Alsaker y sus amigos.

Tomó un billete de cinco créditos y se lo entregó a la mujer.

—Tome — dijo—. Si el dueño da más, se lo entregaré del mismo modo—, Ella sonrió, agradecida.

—Muchas gracias, señor.

Una vez solo, Leamen esperó unos instantes, hasta que los pasos de la mujer dejaron de oírse; luego se levantó y cerró la puerta con cerrojo.

Desde el primer momento, cuando ella le tendió el objeto, Robert comprendió de lo que se trataba: un minúsculo y elegante "memento", una invención reciente y que hacía furor. Se trataba de un aparato con una cinta magnetofónica, imborrable, pero cambiable, que iba guardando todo lo que se decía al hablar cerca de él. No hacía falta tomar notas con aquel aparato, ya que él almacenaría todos los datos que se le fuesen dando: direcciones telefónicas, recuerdos, etc.

El "mementor" no llevaba iniciales de ninguna clase, y Leamen se preguntó de quién podía ser. Iba a saberlo en seguida, pero gozaba esforzándose por descubrir la verdad.

Una vez eliminados los dos pistoleros, Alfred Tsongas y John Davey, que eran incapaces de gastarse un centavo en aquella delicadeza, que era por otra parte bastante cara, no quedaban más que las otras tres personas que ocuparon la mesa número ocho.

¿Jack Alsaker?

¿Kester Wells, conocido también con el nombre de David Eubank?

¿La muchacha?

Robert se inclinaba hacia esta última. Pero, incapaz ya de resistir más la curiosidad que hormigueaba sus dedos, abrió el estuche, dejando que apareciese un botón que, conectado con la pila que llevaba dentro, iba a reproducir los sonidos que captó anteriormente.

Lo bueno de aquel aparato era que la cinta no podía borrarse, de modo a poder archivarla si se deseaba, colocando otra nueva cuando la primera estaba repleta de impresiones.

Cuando la voz de la muchacha empezó a dejarse oír, Leamen sonrió; pero la sonrisa desapareció como por encanto al oír el contenido fantástico de aquella cinta que ponía en claro todo lo que la chica había hecho en compañía

de Jack y su banda.

Tuvo que escucharla dos veces para poder dar crédito a lo que oía. Y al terminar la segunda audición, cerró el aparato y volvió a sonreír. Porque nunca se habría atrevido a esperar que la suerte le favoreciese de aquella manera.

¡Iba a tener a Jack en sus manos!

Porque los detalles de lo que había oído, aun siendo de primerísima importancia, estaban concretados en cifras que la muchacha había consignado, calculando lo que ella iba a ganar como parte que le correspondía.

Meditó unos instantes, maldiciendo el que no fuese un hombre acostumbrado y decidido a luchar con granujas como Jack; pero la realidad era que no se atrevía a hacerlo solo y que tenía necesidad de alguien para poder enfrentarse, en el peor de los casos, con gente como los pistoleros que Alsaker tenía a su servicio.

Momentos después marcaba un número en el teléfono. Y al otro extremo del hilo sonó una voz ronca.

—¿Quién es?

—Aquí, Leamen. ¿Eres tú, Smith?

—El mismo.

—¿Puedes venir? Es urgente. Un negocio fantástico.

—Ahora mismo voy.

Quince minutos más tarde Robert abría la puerta dejando pasar a un hombre alto, de color bronceado y rostro decidido, con una imborrable expresión de crueldad mal contenida en sus rasgos.

—Siéntate.

Le sirvió una buena ración de “whisky”.

Luego, cuando hubo bebido su parte, preguntó:

—¿Conoces a Jack?

—¿Te refieres a Alsaker?

—Sí. ¿Sabes en qué trabaja?

—No.

—Pues vas a saberlo ahora mismo.

Y dejó que Smith oyese el contenido del “mementor” de la muchacha.

Al terminar, el visitante sonreía.

—¡Menudo pillo! Es listo, ¿eh?

—Muchísimo. Y fíjate que ha logrado hacerse con medio millón en menos de un mes.

—Sin contar lo otro.

—Así es. ¿Qué te parece?

Smith frunció el ceño. No le gustaba aventurarse; así, mirando fijamente al otro, preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Hay dos cosas: una de ellas es sacarle dinero bajo amenaza. Pero ésta no me gusta mucho.

—¿Y la otra?

—Ir a por el dinero, que deben de tener en alguna parte. Ya has oído que no han hecho el reparto aún.

—Esto último es lo mejor.

—Sí; pero ¿cómo sabremos dónde lo tienen?

—Eso déjame a mí.

—¿Qué piensas hacer?

—Muy sencillo. Jack tiene una hermosa casa en los alrededores de la ciudad. La visitaremos, ya que es más que probable que haya guardado la “pasta” allí.

—¿Y si no la encontrases?

—Entonces utilizaríamos los “grandes medios”—sonrió—. No te preocupes, Robert: ese dinero será para nosotros. Has hecho un descubrimiento estupendo. ¿Cómo llegó a tus manos ese cacharro?

—La chica debió de olvidarlo cuando la policía llegó aquí.

—¿Dónde está ella?

—Se la llevaron, con todos los de la banda de Jack.

—Por él no me preocupo, ya que sabe lo que se hace y es casi seguro de que no tardará en salir.

—Desde luego.

—Tú guarda ese cacharro en un sitio seguro y no pienses más en esto: nosotros nos ocuparemos de descubrir el botín.

—Cincuenta por ciento, ¿eh?

—Sí. Hay bastante para los dos.

Se estrecharon la mano, y poco después Smith salía del local. Subió en el coche que le esperaba a la puerta: un modelo potente y especialmente blindado, sin que nada en su aspecto pudiese hacerlo sospechar.

* * *

Le ardía la cabeza.

Mientras conducía, no muy aprisa, por las calles de la ciudad, que empezaban a animarse, Dorick intentaba vanamente “digerir” lo que el destino le había “servido” hacía unos instantes.

¡¡Judy!!

Era como si alguien, el más malvado de los hombres, le hubiese clavado un cuchillo por la espalda, a traición, mientras le sonreía amistosamente.

Y ahora, atando cabos, recordando, no podía por menos de decirse que era el tipo más estúpido del mundo y sus alrededores. Porque cuando había conocido a Judy podía haber sospechado de ella, puesto que la encontró en un ambiente en el que también vivían los célebres hermanos Rossini, a los que puso fuera de combate en su último caso, antes de dejar la SIP.

Judy era cantante en un bar de Los Ángeles, de fama más que equívoca. Pero, por aquel entonces y desde el preciso momento en que la había visto, Peyton había estado como ciego, atraído por la maravillosa belleza de aquella muchacha, sin preguntarse jamás si detrás de su lisa y linda frente había algo más que el amor que estaba seguro le profesaba.

¡Y ahora resultaba que...!

Estaba claro como el agua.

Ella había sido siempre una mujerzuela. Y si resistió un poco, durante la luna de miel y en los primeros tiempos de su estancia en Marte, había sido lo suficientemente lista, aprovechándose de la ausencia de su marido, para hacer amistad con los hombres de la única clase que ella había conocido en su vida.

¡Cómo le había engañado!

No tuvo la menor piedad hacia él, que lo había abandonado todo por ella, lanzándose a un trabajo monótono e insípido para rodearla de cuantas comodidades creía que merecía. Se había vuelto avaro, ahorrando cada centavo para ir convirtiendo la casa en algo que a ella le gustase, considerando poco todo lo que hacía por aquella mujer cita maravillosa a la que a veces llamaba “reina”.

Se mordió los labios, hasta hacerse sangre en ellos.

¿Y los otros?

Porque el tal Jack y sus compinches debían de saber la verdad, que ella estaba casada con un pobre tipo, lo suficientemente imbécil como para ignorar que mientras se alejaba de la ciudad, en su helicóptero de transporte, ella salía, yendo Dios sabía dónde a cambiarse de ropa y ponerse aquellas costosas y elegantes prendas que él acababa de ver sobre su cuerpo.

Sentía asco, repugnancia, dolor intenso y odio a los que habían conocido y con toda seguridad se habían burlado de su estúpida ceguera.

Y fue mientras esperaba el paso libre, ante un semáforo, cuando la idea se le ocurrió, diciéndose que había llegado el momento de ponerse en comunicación con Callowan y contarle la verdad... y otras cosas.

CAPÍTULO IV

ANZANDO



un suspiro, Jack miró a Eubank, que fumaba plácidamente en un sillón, en el inmenso “living” de la casa que Alsaker tenía en los alrededores de Space-City.

A través de los ventanales entraba un sol pálido, poniendo brillo en los redondeados bordes metálicos de los muebles.

—¿Qué estará haciendo?—inquirió Alsaker, mordisqueándose los labios.

David sonrió.

—No te pongas nervioso. Ya vendrá.

Una paz singular reinaba en la estancia. Y más allá de los ventanales, el jardín, bien cuidado, ponía una mancha multicolor que alegraba los ojos.

Alsaker miró a su amigo.

—¿Estás seguro de lo del “mementor”, David?

—Completamente. Te digo que hace unos días, tomando un vaso con ella, me lo enseñó, haciéndome oír parte de la cinta.

—¿Y qué decía?

David sonrió.

—Está visto —dijo—que eres de los que les gustan que les regalen los oídos. La cinta llevaba todas las direcciones de los golpes que hemos dado y las cifras que ella pensaba cobrar.

—¡Idiota de mujer!

—Es algo muy femenino, eso de regalarse los oídos cada noche, oyendo y calculando todo lo que se puede comprar con lo que se ha ganado, ¿no lo comprendes?

Jack cerró los puños.

—¡Valiente imbécil! Pero aunque hubiese anotado todo eso en el “mementor”. ¿Por qué llevarlo encima?

—No lo sé.

—¡En menudo “bollo” nos ha metido si la “poli” echa mano a ese maldito aparato!

—No creo que hayan encontrado nada.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque no nos hubiesen dejado salir tranquilamente. ¿O es que no lo comprendes?

—No sé lo que me pasa. Tengo el cerebro en ebullición.

En aquel preciso momento se oyó el motor de un coche y Alsaker se precipitó a uno de los ventanales.

—¡Ya están aquí! —anunció.

En efecto, poco después penetraban en la habitación dos hombres. Uno de ellos, alto y elegantemente vestido, era el abogado de Jack; el otro era Lewis Peterson, uno de los hombres de la banda.

—¿Qué hay?—inquirió Alsaker, con ansiedad en la voz.

El abogado tomó asiento antes de contestar. Luego, mirando a su cliente, dijo:

—No ha sido muy fácil.

—¿Por qué?

—Porque, no estando inculpada de nada, no se podía autorizar la presencia de un abogado.

—¿No la has visto entonces?

—Cálmate, Jack: la he visto.

—¡Menos mal! ¿Qué te ha dicho?

—Sólo he hablado unas cuantas palabras con ella.

Alsaker se impacientó.

—¡Acaba de una vez, por lo que más quieras!

—Está bien, está bien... Le he preguntado por el “mementor”.

—¿Y qué?

—No lo tiene.

—¿Eh?

—Dice que lo tiene en un sitio seguro, que no debes preocuparte.

—¿Y no te ha dicho en qué sitio?

—No ha tenido tiempo de decírmelo, no nos dejaron que estuviese con ella más de medio minuto.

—¡Por todos los infiernos reunidos!

Intervino David.

—No debes preocuparte. La chica ha dicho que está en un lugar seguro. Ya nos lo dará cuando la suelten. Y hablando de esto — se volvió hacia el abogado— ¿hasta cuándo van a retenerla?

—No lo sé. Ella está tranquila, lo que quiere decir que la policía no ha conseguido nada. También me he enterado de que su marido estuvo allí.

—¡Al diablo con ese imbécil!—exclamó Jack.

—Un momento — apuntó David—. Si la chica ha ocultado el “mementor”,

¿dónde mejor que en su casa?

—Eubank tiene razón — dijo el abogado.

Pero Alsaker no respondió.

Las palabras de su socio le habían alejado un tanto las preocupaciones de los últimos momentos. En verdad, desde que David le había contado lo del “mementor” fatal, no había estado tranquilo. Envió urgentemente a su abogado para saber dónde se hallaba aquel comprometedor aparato, cuyo descubrimiento por parte de la policía sería tan fatal como la peor de las catástrofes.

Pero ahora...

David tenía razón. Si Judy había ocultado el aparatito debía de ser sin duda alguna en su propio domicilio, ya que nadie iría a buscarlo allí.

—Está bien — dijo finalmente—. Has hecho un buen trabajo, Lorent.

El abogado sonrió.

—No vayas a creer que trabajar para un cliente como tú es una cosa sencilla.

Jack se encogió de hombros.

Y llevándose la mano al bolsillo interior de la chaqueta, sacó la cartera de la que extrajo un fajo de billetes, que, sin contar, tendió al hombre de leyes:

—Toma, por la molestia. ¿Quieres que te lleve Peterson a tu casa?

—No. Tomaré un taxi. Hay una parada aquí cerca.

—Como quieras.

Se estrecharon la mano y el abogado salió acompañado por Lewis, que le llevó hasta, la puerta.

Luego volvió al despacho.

Alsaker y Eubank estaban hablando animadamente.

—No es mala idea decía el segundo.

—Sí, pero hay que hacerlo cuanto antes.

—¿Por qué tanta prisa?

—¿No lo entiendes? Ese tipo, que se ha enfadado definitivamente con su mujer, descubriendo quién era, puede andar en los asuntos de ella y descubrir el aparato. ¿Qué crees que haría si lo encontrase?

—Llevarse a la policía.

—¡Naturalmente! Por eso hay que obrar inmediatamente.

—Pero no vas a entrar en una casa en pleno día,

—No. Esperaremos hasta la noche; pero estaremos cerca de la casa de Judy, vigilando las entradas y salidas. Y si viésemos a ese tipo con intenciones de ir a la comisaría, intervendríamos a tiempo. ¿De acuerdo?

—O. K.

—Tú, Lewis, te quedas aquí. La radio ha hablado de la fuga de Alfred y de

John y hay que estar al cuidado y evitar por todos los medios que vengan aquí.

—Desde luego — dijo Peterson.

—Si alguno de ellos telefonea, díles que se escondan hasta que las cosas se aclaren un poco.

—De acuerdo.

Salieron de la casa y subieron al potente coche que Lewis había utilizado para llevar al abogado.

Y Eubank, que llevaba el volante, apretó el acelerador, dirigiéndose hacia la ciudad.

* * *

Dorick esperaba impaciente en la central telefónica a que le fuese dada su comunicación por radio con Washington.

Fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

Sin dejar de culpar a Judy, deseaba, no obstante, vengarse de los que se habían burlado de él, arrastrando a su mujer hacía un mundo del que, en realidad, no debía haber salido nunca.

—¡Señor Peyton! ¡Señor Peyton!—clamó el altavoz—, ¡Haga el favor de pasar a la cabina número 11!

Se precipitó hacia ella, encerrándose en el interior y apoderándose del combinado, no sin notar que las manos le temblaban.

—Diga.

Y una voz clara le contestó al otro extremo:

—Aquí la Central de la Spacial International Police. ¿Con quién desea hablar?

—Con el señor Callowan.

—¿De parte de quién?

—Dígale que soy Dorick Peyton... ex agente de la SIP.

—Un momento, por favor.

Hubo un silencio de unos cuantos segundos.

Dorick sentía que su corazón latía intensamente dentro de su pecho.

Luego, una voz que le hizo estremecerse de pies a cabeza saludó:

—¿Qué hay, muchacho?

¡Era la voz de Donald! Aquella voz que resonaba en sus oídos como la mejor música que hubiese oído jamás.

—Soy Dorick Peyton, señor.

—Ya me lo han dicho. ¿Algún problema, muchacho?

—Sí, señor...

—¿Grave?

—Mucho.

—Bien. Vacía el saco. Te escucho...

Haciendo de tripas corazón, Dorick empezó el relato, desde el principio.

Sin darse cuenta, obró como lo había hecho antes, ordenando su relato como si fuese un informe pedido por Donald y en el que él no fuera más que una tercera persona.

—Eso es todo, señor— terminó diciendo.

Hubo una pausa.

Luego Donald dijo:

—Lo lamento muchísimo, Dorick; de veras.

—Gracias.

—Y comprendo lo que sientes en estos momentos. ¿Dices que la policía soltó a los demás?

—Sí. También he oído que los dos que estaban armados han logrado escapar.

—¿Y no tienes idea de qué han hecho?

—En absoluto.

Un nuevo silencio. Después el jefe de la SIP preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Dorick?

—¿Yo, señor?

—Sí, tú.

—Yo había pensado que... en fin... no sé si está permitido; pero deseaba volver a la SIP.

Y como Callowan no dijese nada, preguntó:

—¿Me oye, señor?

—Perfectamente, muchacho. ¿Y Judy?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Cuáles son tus planes hacia ella?

—No quiero volver a verla, señor.

—Lo comprendo. ¿Estás seguro, no obstante, de resistir la idea de saberla comprometida y ser, seguramente, juzgada como los demás?

—Completamente seguro.

—De acuerdo. Voy a hacer una excepción; aunque, en realidad, hacía ya mucho tiempo que hubiésemos debido instalar ahí una de nuestras delegaciones. Pero siempre nos ocurre lo mismo: disponemos de muy pocos agentes.

—¡Déjeme actuar a mí, señor!

—Es lo que estoy pensando hacer. Tu caso no está muy claro, pero haremos, por una vez, la vista gorda. Recibirás tus nuevas credenciales en tu casa. Tenemos las señas, ¿verdad?

—Sí. Están en mi ficha.

—Bien. Otra cosa. ¿Quieres que te demos la autorización ante la policía?

—No. Es mejor que el inspector no sepa nada. Así podrá obrar con mayor libertad.

—Igual creo yo,

—No sabe cuánto le agradezco lo que hace por mí, señor; es mi único motivo de seguir viviendo.

—No digas eso. Espero que el hallarte de nuevo entre nosotros te sirva al menos para cerrar esa herida que te ha abierto el destino.

—También lo espero yo.

—¿Tienes armas?

—No, pero compraré una.

—De acuerdo. Abre bien los ojos y comunica todo lo que creas necesario.

—Así lo haré.

—¡Buena suerte, Dorick!

* * *

David había detenido el coche al principio de la calle en la que habitaba Dorick. Se trataba de un barrio tranquilo, formado por hotelitos coquetones, casi todos separados por amplios y bien cuidados jardines.

—Judy vive allí, en el número 15.

—Parece que no hay nadie — repuso Jack.

—Sí, pero no podemos entrar en pleno día.

—Esperaremos. Lo importante es apoderarnos del aparatito. En cuanto lo tenga en la mano respiraré tranquilo.

—Lo tendremos. Ese idiota de marido se echará a temblar en cuanto nos vea.

—¿Lo conoces tú?

David sonrió.

—No, pero no hace falta haberle visto para saber qué clase de hombre es, ¿no te parece?

También el otro río.

—Tienes razón. Hay muchos como él.

—Lo que ocurre es que Judy es mucha mujer para un tipo así. ¡El muy idiota esperaba que ella estuviese encerrada en casa, con la miseria que él gana, esperándole mientras le zurraba los calcetines! Y ahora que pienso, ¿cómo la conociste?

—En un bar y por pura casualidad, aunque creo que ella me andaba buscando.

—¿Cómo te fiaste de ella?

—Sencillo como dos y dos son cuatro. En cuanto me habló de los Rossini. Ya comprenderás que era una excelente recomendación.

—¿Los conocía?

—Trabajó con ellos, pero como es una mujer lista supo quedarse a flote cuando ellos se hundían.

—¿Dónde conoció a su marido?

—Creo que en Los Ángeles, aunque nunca me habló de él. Ya comprenderás que no contaba para ella. El haberse casado y tener casa aquí y una vida aparentemente normal y honrada era una tapadera excelente para sus otras actividades.

—¡Esa chica vale lo que pesa en oro!

—Sí... pero no debía haber comprado nunca ese asqueroso aparato...

—Puedes estar seguro de que está arrepentida a estas horas. Y la prueba de que es lista es que no lo llevaba consigo cuando la policía nos cogió en el local de Leamen.

—¡No hubiese faltado más que eso!

Las horas fueron pasando, lentas y monótonas, pero los dos hombres sabían tener paciencia, conociendo todo lo que se jugaban en aquellos momentos.

* * *

Dorick no había perdido el tiempo.

Lo primero que había hecho era ir a visitar al médico para el que Judy decía que trabajaba.

El doctor era una excelente persona, como el agente pudo comprobar en seguida,

En efecto, conocía a Judy, por la que tenía una gran simpatía, pero no le había dado más que algunos trabajos, todos ellos sin importancia.

—Me dijo que tenía muy poco tiempo — comunicó—, Y que trabajaba con otro doctor.

—¿No recuerda el nombre?

—No, no me lo dijo.

—Gracias, doctor.

Dorick abandonó la clínica.

¡Otro doctor!

Estaba completamente seguro de que Jack hubiese podido darle el nombre de aquel misterioso galeno, con el que contaría para el trabajo que hacía en combinación con Judy.

¿De qué se trataría?

Tentado estuvo de presentarse en la comisaría y hablar con su mujer, sacándole la verdad fuera como fuese. Pero la sola idea de encontrarse de nuevo ante ella le hizo torcer el gesto con desagrado y hasta asco.

No, no quería verla más.

Mejor sería así.

Luego estuvo haciendo algunas investigaciones secundarias. Fue de bar en bar y comió en uno de ellos. Finalmente, se dijo que no perdería el tiempo si volvía a casa y echase una ojeada al armario donde Judy tenía sus cosas.

Una pista no era de despreciar en aquellos momentos en que tanto lo necesitaba.

CAPÍTULO V



ORICK pasó en su coche cerca del gran vehículo oscuro, sin hacerle caso alguno. Detuvo el suyo ante la puerta del jardín, y echó una dolorosa mirada a la casa.

¡Pensar que había creído que sería el hombre más feliz de aquel chalet!

Y lo había sido —no debía engañarse — hasta que supo la verdad. Pero mientras estuvo ciego, aquella casa, con Judy dentro, le acompañó, en imagen, en los viajes, llenándole el corazón de un gozo enorme.

“Tendré que venderla—se dijo—. Nunca más podría vivir aquí.”

Atravesó el jardín y abrió la casa diciéndose que no había vuelto a estar en ella desde que, en las primeras horas de aquel día, la había abandonado cuando el policía vino a desgarrar su vida para siempre.

Todo estaba igual... como antes. Y cada detalle era como una punzada más, como un dedo maligno que le removiese las heridas de la que el alma estaba cubierta.

Pensó que tenía tiempo de registrar las cosas de Judy y que lo mejor era prepararse algo para cenar. Fue a la cocina y estaba poniendo un poco de carne al fuego cuando llamaron a la puerta.

Frunció el ceño, preguntándose quién podía ser a aquella hora. Pero se dirigió a abrir, sonriendo al ver que se trataba de su compañero de viajes.

—¡Hola, Dorick! —saludó el recién llegado.

—¡Hola, Al!

—¿Y Judy?

La frente del joven se arrugó.

—No está. Pasa.

El otro notó la expresión sombría que había en el rostro de su amigo; pero no dijo nada hasta que estuvieron en la cocina.

—¿Ocurre algo, Peyton?

—Sí...

Y le contó todo, sin rodeos, pero sin mirar a su compañero, como si la carne atrajese toda su atención.

Ruster había palidecido.

Y cuando el otro terminó su relato, Al se quedó como de piedra, sin saber qué decir.

Fue Dorick que, volviéndose, se lamentó:

—¿Te das cuenta, Al? ¡Y yo que presumía de felicidad!

—No digas eso... es horrible.

—Lo es; pero al mismo tiempo ¿qué papel he estado haciendo yo en todo esto?

—No sabías nada.

—¡Desde luego!

Y había en sus labios una sonrisa cargada de desprecio hacia sí mismo.

Luego preguntó animándose:

—¿Quieres cenar conmigo?

—Como quieras.

—Te lo agradeceré. En estos momentos, sobre todo aquí, necesito compañía y te agradezco que hayas venido; aunque, ¿por qué has venido?

—Verás... las cosas me fueron bastante mal anoche.

Dorick sonrió.

—Se te ha acabado el dinero, ¿verdad?

—Sí.

—No te preocupes. Te dejaré lo que necesites.

No había contado nada de sus proyectos ni siquiera de su antigua personalidad, ya que Ruster ignoraba que había trabajado en la SIP.

Empezaba a comer con avidez cuando el timbre de la puerta sonó de nuevo, pero esta vez con insistencia.

—¿Esperas a alguien? —inquirió Al.

—No. Ve a ver. Y si se trata de un vecino que viene a pedir algo, dile que estoy enfermo... en la cama.

—Bien.

Al salió de la cocina y Dorick siguió comiendo. Hasta sonrió pensando en la vida de Ruster y sus avatares con las cartas en la mano.

Pero la sonrisa se heló en sus labios al ver aparecer en la puerta a un hombre al que no conocía y que empuñaba una pistola. Ruster apareció después, empujado por la pistola de otro que iba tras él.

Con el tenedor y el cuchillo en la mano, Peyton se quedó mirando a los recién llegados.

Y uno de ellos, el más joven, preguntó:

—¿Te das cuenta, Jack? ¡A éste no se le ha quitado el apetito!

¡Jack!

Dorick miró al hombre, sintiendo que todos sus músculos se ponían en tensión.

—Ya veo —repuso el llamado Jack—; pero no tenemos tiempo que perder.—Y mirando a Dorick preguntó —: ¿Eres el marido de Judy?

—Sí, yo soy.

—¿Dónde están las cosas de tu mujer?

—¿Sus cosas?

—Sí, porque suponemos que tendrá un armario, ¿verdad?

—¿Quiénes son ustedes?

Jack sonrió.

—Eso no te importa. ¿Dónde está, vuestra habitación?

—Arriba.

—Ya lo has oído, David... ve arriba y déjame aquí a estos dos. Puedes trabajar tranquilo. No dejes ningún rincón sin mirar.

—O. K.

Jack hizo un gesto hacia Al.

—Tú, siéntate a la mesa y sigue comiendo... como si nada hubiese pasado. ¿Entendido?

Ruster obedeció, pero no miró al plato. Clavó los ojos en los de su amigo.

Éste le animó:

—¡Venga, Al! Sigue comiendo... Ya has oído a este señor: como si no hubiera pasado nada.

Jack frunció el entrecejo.

No había contado con la tranquilidad y la sangre fría de aquel idiota; pero, después de todo, había gente así en el mundo.

Dorick siguió cortando la carne y comiendo, con visible apetito. Luego miró a Al y preguntó:

—¿Es que no comes?

—No tengo hambre.

—Espera que acabe. Te daré una taza de café— miró a Jack—. Y es posible que el señor desee otra, ¿verdad?

—Procura no intentar tomarme el pelo, idiota.

—Lo digo en serio.

Alsaker se encogió de hombros.

Peyton terminó pronto de comer y se puso en pie.

—¿Dónde vas? —inquirió Jack.

—A tomar un poco de café.

—Bueno.

El agente de la SIP se volvió, cogiendo dos tazas que puso sobre la mesa. Luego tomó la cafetera de encima del fuego.

Sus dedos se tornaron blancos al ejercer una presión insólita sobre el asa del recipiente.

Había llegado el momento.

Ahora maldecía el haber olvidado comprar el arma que Callowan le había aconsejado.

Pero no había tiempo para lamentaciones.

Avanzó hacia la mesa, empezando a verter el café ardiente en la taza de su amigo, pero mirando de reojo al bandido, que le observaba atentamente, con los ojos fijos en el chorro que iba cayendo en la taza.

El líquido llegó al borde, vertiéndose luego en el plato.

Jack le dijo:

—¿Qué haces, idiota? ¿No ves que lo estás tirando? ¿O es que te tiemblan las manos?

¡Ahora!

Dorick torció el recipiente, lanzando el resto del café al rostro de Alsaker, que lanzó un grito escalofriante. No obstante, se alejó, sin dejar la pistola, con la que empezó a hacer fuego, a ciegas.

Dorick calculó las posibilidades que tenía de apoderarse de aquella arma, pero los pasos precipitados del otro compinche, que bajaba la escalera, de cuatro en cuatro, le hizo cambiar de plan.

—¡Tírate al suelo!—gritó Dorick a su amigo Ruster.

Al mismo tiempo, y utilizando uno de los platos, lo lanzó contra el fluorescente que pendía del techo, haciéndolo estallar como una bomba.

La cocina quedó a oscuras.

—¡Jack! —llamó David Eubank, apareciendo en la puerta.

El agente se tiró al suelo.

Entretanto, Alsaker, sin dejar de lamentarse, hacía retrocedido hasta tropezar con su amigo, que le cogió por el brazo.

—¿Por qué has disparado? —inquirió éste—. ¿Es que quieres alarmar a todo el barrio?

—¡Ese hijo de perra me ha quemado la cara! ¡Me ha dejado ciego!

—Vamos.

David hubiera disparado, con gusto, contra los que ocupaban la cocina; pero la sensatez se abrió camino en su mente y se dijo que lo mejor era salir, alejarse de allí cuanto antes.

Momentos después llegaban al coche.

Mientras, Dorick se había puesto en pie, siendo imitado por Al y saliendo ambos hasta la puerta, a tiempo de ver el vehículo que se alejaba a toda velocidad.

—¡Demasiado tarde!—suspiró Dorick.

Pero el otro, mirándole con asombro, dijo:

—Oye, amigo... no podía saber que tenía un héroe a mi lado cuando viajábamos juntos.

—No digas bobadas.

—No las digo. Ni un policía hubiese tenido la sangre fría que tú demostraste. ¡Eres un hacha!

Se habían abierto muchas ventanas, en los hotelitos vecinos, y se asomaban ya los primeros curiosos.

—Vamos dentro. No tardará en presentarse la policía.

Cerraron la puerta y subieron al piso superior. La habitación de los esposos estaba en un estado lamentable.

—No creo que haya encontrado lo que buscaba.

—¿Y qué buscaba?

—No lo sé. Pero vamos a seguir nosotros mismos.

No habían encontrado nada, no sólo en la habitación, sino en el resto de la casa cuando un auto de patrulla paró ante la puerta.

Dorick hizo un relato aproximado de lo que había ocurrido y el agente, tras haber tomado nota, preguntó:

—¿Quiere que dejemos una pareja aquí, señor?

—No hace falta, muchas gracias.

Se fueron.

Después, mientras tomaban el café que tuvo que hacer nuevamente Dorick, su amigo preguntó:

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé. Pero no te preocupes... voy a darte el dinero que necesitas.

—No lo quiero.

—¿Eh?

—Lo que oyes.

—Pero... ¿qué vas a hacer?

—Muy sencillo. Quedarme contigo.

—No es posible.

—Pues tendrás que echarme a patadas. Me he dado cuenta de que tú quieres hacer algo; además, he visto que estás en peligro. Iremos a mi casa, donde guardo dos pistolas de mis buenos tiempos de vigilante en la

Compañía...

—¿Cómo? ¿Tienes dos pistolas?

—Y muy buenas. Las tengo engrasadas. Las compré cuando era guardián y no quise deshacerme de ellas.

—Pero... ¿para qué dos?

El otro sonrió.

—No olvides que he leído muchas historias de vaqueros y que me gustaba tener una a cada lado. ¿Entendido entonces?

—Está bien. Y lo hago porque sé que es imposible deshacerse de un tipo como tú.

—Llamaremos mañana a la Compañía y pediremos un permiso de una semana, ¿bien?

—Bien.

En aquel momento el teléfono se dejó oír y Dorick fue hacia el aparato, descolgándolo.

—¡Diga!

—Soy el inspector McLaine. ¿Es el señor Peyton?

—El mismo.

—Acabo de saber que ha sido víctima de un atentado. ¿Nada grave?

—No.

—No quiero que se meta en jaleos, Peyton. Deje el asunto a la policía.

—Nunca he pensado hacer nada, señor.

—Así me gusta. Otra cosa: quiero anunciarle que su esposa será puesta en libertad mañana, a las once de la mañana.

—Yo no tengo esposa, señor.

Hubo una pausa. Luego McLaine dijo:

—De acuerdo. Comprendo. Pero mi obligación era comunicárselo.

—Muchas gracias.

—¿De veras que no quiere que pongamos una vigilancia en su casa, señor Peyton?

—No lo creo necesario.

—Ya me han contado que ha sabido usted defenderse perfectamente; pero no exagere... esa gente es mucho más peligrosa de lo que parece. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Adiós.

—Adiós, inspector.

Colgó y volviéndose hacia su amigo dijo;

—Era la policía.

—¿Y qué?

—Mañana sueltan a Judy.

—¡Ah! ¿Y qué piensas hacer?

Dorick guardó unos instantes de silencio, mientras la expresión de su rostro se hacía reconcentrada.

Después, mirando a Ruster, anunció:

—Creo que la seguiré.

—¿A tu mujer? — se asombró el otro.

—Sí. Es una excelente idea.

—¿Es que no crees que vendrá directamente aquí?

Peyton sonrió.

—¡Qué bobo eres! Judy no volverá nunca más aquí. Me conoce y sabe que no puedo perdonarle lo que me ha hecho. No, irá hacia sus amigos... y esto es lo que yo aprovecharé,

—Querrás decir “nosotros”.

—Bueno, nosotros. Ya sé que tendría que atarte de pies y manos para evitar que vengas conmigo; pero quiero advertirte algo.

—¿El qué?

—Ya has visto aquí, hace poco, que no se trata de una broma y que es posible que salgamos algo desplumados.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea. Sobre todo después de haberte visto actuar. ¡Menuda lección le diste al tal Jack!

Dorick se mordió los labios y sus pupilas adquirieron un brillo acerado, peligrosamente metálico.

—Eso no es nada — dijo después—. Jack y yo tenemos unas cuentas pendientes.

Al no dijo nada.

Parecía como si fuese aquélla la primera vez que viese a su amigo. No le conocía y desde luego no era el Dorick que había viajado a su lado, en el helicargo, amable y soñador, enamorado y un tanto timorato.

Pensó que debía de haber algo en el pasado de Dorick que éste le había ocultado hasta entonces.

—Vamos a dormir un poco — dijo el agente de la SIP—. Tenemos que estar descansados mañana.

—¿No vendrá nadie más?

—No lo creo. Pero mañana tendremos que buscarnos otro coche.

—¿Por qué?

—Porque Judy conoce el mío y no me gustaría que se diese cuenta de que la seguimos. ¿Conoces a alguien que pueda prestarnos uno?

—Sí. Tengo un buen amigo, dueño de un garaje, que nos dejará uno del tipo que quieras.

—Bien. Ven, te llevaré a la habitación de los huéspedes.

Subieron al piso superior y, antes de echarse, Al ayudó a su amigo a ordenar un poco la habitación del matrimonio que había quedado en un lamentable estado después del registro.

CAPÍTULO VI



ON cinco de sus hombres, Smith había detenido el coche a un centenar de metros de la casa de Jack Alsaker.

Envió a uno de los muchachos a que echase una ojeada y el otro volvió, poco después diciéndole que no había más que una luz en el “living” y que, acercándose a la ventana, sólo vio a uno de los miembros de la banda de Jack.

—Es Lewis Paterson—dijo.

—¿Le conoces?

—Sí. Hace sólo unos meses que trabaja para Jack.

Smith sonrió.

No podían presentársele mejor las cosas y se dijo que había llegado el momento de visitar la mansión donde debían de estar las ganancias que Jack había obtenido con la preciosa colaboración de Judy.

La noche se estaba echando encima y era la mejor hora para entrar en la casa.

Se volvió hacia el que estaba a su lado.

—¿Has traído tus aparatos, Moles? —inquirió.

—Sí.

—Vamos entonces.

Los seis hombres abandonaron el vehículo empezando a andar, en fila india, hacia la mansión. Después marcharon por la acera que la sombra de los árboles hacía permanecer casi en una completa oscuridad.

Una vez ante la casa, el llamado Moles se adelantó, pegándose a la puerta donde permaneció durante unos cuantos minutos. De vez en cuando, un suave sonido metálico llegaba hasta los oídos de Smith, que se frotaba nerviosamente los dedos.

Tenía prisa.

Finalmente, Moles emitió un apagado silbido y Smith, seguido por los hombres, se acercó donde estaba el otro.

—¿Cómo has tardado tanto en abrir? —inquirió Smith, en voz baja.

—¡Los muy cerdos habían puesto una cerradura nueva!

—Está bien. Vamos.

Como seis sombras impalpables, penetraron en el “hall” oscuro y silencioso. La raya de luz que salía bajo la puerta del “living” era como un faro indicador de la dirección que debían seguir.

Ahora era Smith quien rompía la marcha.

Cuando llegó a la puerta, él y todos sus hombres tenían las pistolas en la mano. Con la otra hizo girar suavemente el pomo, abriéndola después de golpe y penetrando en la estancia, seguido por los otros.

Como sorpresa fue una sorpresa.

Porque el pobre Lewis estaba bien arrellanado en un sillón, con una botella de “whisky” a su alcance y un habano entre los labios. Su sibaritismo se rompió, de golpe, como un espejo que recibe una pedrada y el color de su piel viró hacia el ceniciento, al mismo tiempo que sus ojos se abrían como platos.

Smith se plantó ante él, sonriente.

—¿Sorprendido, Lewis?

Paterson tragó saliva con evidente dificultad y encontrando quizá que el puro que fumaba había perdido calidad, lo dejó caer, al abrir la boca. El habano cayó sobre la gruesa alfombra, empezando su labor destructora sin que nadie hiciese caso de aquel nimio detalle.

—Hola...—musitó el hombre, finalmente, cuando pudo dominar el lamentable estado de sus nervios.

—Eres un chico bien educado — repuso Smith, que no había dejado de sonreír Y echando una mirada a su alrededor comentó—: Así da gusto vivir, ¿verdad?

Lewis sonrió débilmente.

—Sí, es muy bonito —dijo.

—Precioso. Pero lo que queremos saber nosotros, y para esto hemos venido, es dónde se encuentra la caja de caudales de Jack.

—No lo sé.

—No te preocupes; nosotros la buscaremos.

Uno se quedó allí, a un gesto de Smith, y éste salló con el resto para visitar las otras habitaciones. No tardaron mucho en hallar el despacho de Alsaker y una caja de caudales empotrada en la pared.

—¿Qué tal, Moles? —inquirió Smith.

El interpelado se acercó al cofre, examinándolo con ojo de profesional; luego, mirando al jefe, dijo:

—Tengo para diez minutos.

—¡Pues manos a la obra!

Se quedaron allí, contemplando atentamente el trabajo de Moles que cumplió su promesa: diez minutos más tarde la puerta de la caja se abría.

Smith se adelantó y Moles se hizo a un lado para dejar que fuese el jefe quien abriese el cofre.

Smith lo hizo.

Pero una simple mirada le hizo percatarse de que allí no había nada de valor y que no se encontraba lo que andaban buscando.

Cerró, con violencia y el muelle funcionó, dejando la caja nuevamente cerrada.

—No está aquí — dijo con rabia.

—¿Entonces? — inquirió Moles.

—Ese idiota de Paterson ha intervenido en todos los golpes de Jack y debe de saber dónde han dejado la “pasta”. ¡Vamos!

Irumpieron en el “living”, viendo que Lewis seguía en la misma posición que lo habían dejado, pero mucho menos tranquilo. Nada más verlos y al comprobar que todas las miradas, y precisamente no amistosas, coincidían en él, se puso a sudar como si acabase de subir una empinada cuesta.

Smith se acercó y se detuvo junto a él.

—No perdamos el tiempo, muchacho. No tenemos ganas de hacerte pasar un mal rato, pero queremos que nos digas dónde habéis escondido lo que habéis conseguido en toda esta temporada.

—Yo no lo sé.

—¡Malo si empezamos así! No se ha hecho el reparto, ¿verdad?

—No.

—¿Cuánto esperas recibir?

—Ochenta mil.

—Yo te daré cien mil si no me haces perder el tiempo y la paciencia.

—No sé nada... ¡de verdad, Smith!

—Tú lo habrás querido.

Y volviéndose a los otros gritó:

—¡Hacedle hablar!

Un grito brotó de la garganta de Paterson, pero fue rápidamente ahogado por el golpe que Moles le propinó con la culata, en plena boca, haciéndole que escupiese un buen puñado de dientes.

Encendiendo un cigarrillo, Smith abandonó el “living” y empezó a pasear por el vestíbulo, seguro de que sus hombres conseguirían hacer hablar a aquel

mamarracho.

Pasaron veinte larguísimos minutos.

Moles apareció en el umbral. Estaba remangado y tenía la pechera llena de sangre.

—¿Qué hay? —inquirió Smith.

—Ese tipo no sabe nada.

—¿Seguro?

Moles sonrió.

—Seguro, Smith. Además... de poco vale ya. ¡Ha quedado muy mal!

—Comprendo. ¿Entonces?

—No sé... pero ya sabes que no me importa hacer lo que sea a un tipo, aunque no me gusta dejarle sufrir.

Smith se encogió de hombros.

—Está bien, Tave... haz lo que quieras.

Los ojos de Moles brillaron singularmente.

—¡Gracias, Smith!

Había sacado el cuchillo y pasó al otro cuarto, deseando terminar con los sufrimientos de, Paterson. Porque Moles, a pesar de todo, era un hombre “sensible”,

* * *

—¿Te duele?

Jack no contestó por el momento. Llevaba el rostro cubierto por un pañuelo y había estado casi todo el tiempo gimiendo.

—¿Te duele? —insistió David.

—Mucho.

—Espera un momento... vamos a parar en una farmacia. Deben de tener algo para las quemaduras.

Jack se quitó el pañuelo y mostró una cara tremendamente enrojecida y que le escocía como lumbre.

—Ha sido una verdadera suerte que no te quemase los ojos.

—¡El hijo de perra! —bramó Alsaker.

Y poco después masculló con voz sorda:

—¡Juro que me las pagará! ¡Ese maldito va a pagármelas!

Eubank sonrió.

—¿Crees que no te las ha pagado bastante? Recuerda que es el marido de Judy.

—Eso no es nada al lado de lo que le haré. ¡Ya lo verás!

El otro detuvo el coche poco después junto a una farmacia, haciendo que Jack, que no quería, bajase con él. Y una vez ante el empleado, dijo:

—Mi amigo se ha quemado con café... he tenido yo la culpa... estábamos tomándolo en casa y me enganché en la alfombra, vertiendo la cafetera encima.

El hombre examinó el rostro de Jack.

Luego dijo moviendo la cabeza:

—Tendrá que verlo un médico; pero, por el momento, voy a ponerle un poco de pomada calmante que, además, evitará que se le formen ampollas.

Cuando Jack salió de la farmacia, con el rostro embadurnado de blanco, se sentía mucho mejor.

Quince minutos más tarde se detenían ante la casa y cuando Jack abrió la puerta, oyó el teléfono que sonaba sin interrupción en el interior.

—¡Ese idiota de Paterson debe de haberse quedado dormido o está borracho como una cuba!

Se dirigió hacia el aparato y haciendo un gesto a David dijo:

—Ve a ver lo que hace ese imbécil en el “living”.

Luego dijo, descolgando el combinado:

—¿Quién es?

—Aquí Alfred, Jack.

—¡Hola, muchacho! ¿Y el otro?

—Está conmigo.

—¿Todo bien?

—Perfecto. ¿Cuándo podemos ir?

—Esta misma noche. ¿De acuerdo?

—Gracias.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Había colgado apenas cuando vio a David en el dintel de la puerta del “living”.

Su cara estaba blanca como el papel.

Jack fue hacia él y penetró en la estancia. Entonces vio a Paterson, en medio de un imponente charco de sangre, con la cabeza casi completamente separada del tronco.

Sin decir nada, corrió después a su despacho, abrió la caja de caudales y encontró su contenido en un estado caótico.

David le había seguido.

—¿Qué ha pasado, Jack?

—Que han venido en busca del dinero.

—¿Quién?

—No lo sé...

—Esto quiere decir que han encontrado el “mementor”.

—Es cierto. Pero me gustaría saber quién es.

—Sea quien sea, no lo sabremos hasta que Judy nos diga dónde lo escondió. Porque ahora podemos estar seguros de que no lo dejó en su casa. ¡Espera!

Se precipitó al teléfono y llamó al abogado.

Y colgando después comentó:

—Dentro de un rato sabremos si van a soltar a la muchacha y cuándo.

—¿Y qué haremos después?

—Enviaremos a Alfred y John a buscarla. La traerán, si es necesario, a la fuerza. Porque ella ha de ser la que nos diga dónde diablos ha dejado el “mementor”. Así sabremos quién lo tiene y quiénes son los que están tras nosotros.

El teléfono sonó poco después y Jack habló con el abogado.

Después, tras haber dejado el combinado en la horquilla, dijo:

—Lo pensaba bien. La sueltan mañana a las once.

Llamaron a la puerta y los dos hombres, empuñando sendas pistolas, fueron a abrir.

Eran, los dos pistoleros.

Jack les explicó lo ocurrido; luego los llevó al “living” para que viesen el estado en que había quedado Lewis.

—Hay que sacarle de aquí — dijo—. Nos lo llevaremos esta misma noche y lo enterraremos fuera de la ciudad. ¿Entendido?

Los otros asintieron.

Y John Davey, uno de los pistoleros, dijo:

—Deja que ponga la mano encima al que hizo eso a Paterson y verás qué rato le hago pasar.

* * *

Robert fumaba, inquieto, paseando por el despacho del cabaret, mientras Smith, sentado, se limpiaba las uñas con un afilado cuchillo.

—¿Dónde demonios tendrán el dinero? — preguntó Leamen, parándose

ante el otro.

—No te preocupes. Ya sabemos que no lo tienen en casa.

—Pero al encontrar a Lewis, se pondrán en guardia y lo cambiarán de escondite.

Smith levantó la mirada, donde brillaba una luz cargada de reproches, dijo:

—¿Me crees tan idiota? He dejado a dos de mis muchachos vigilando la casa. Y no se moverán de allí. Tienen un coche y se enterarán si esos tipos llevan el dinero a otra parte.

—¿Es que sigues creyendo que lo tienen en la casa?

—Es casi seguro. Como era normal que no lo tuviesen en la caja fuerte.

—Paterson no sabía nada, según tú.

—Claro que no sabía nada. Cuando Moles “trabaja” a un tipo, puedes estar seguro de que le hace decir la verdad.

—¿Entonces?

—Lewis no es más que un segundón, como esa pareja de idiotas de Alfred y John. Los encargados de todo son Jack y su buen amigo David. ¡Ellos saben dónde está la “pasta”!

—¿Y qué piensas hacer?

—Esperar la ocasión de echar el guante a uno de ellos.

—No va a ser fácil.

—Ya lo veremos. Es también posible que los dos muchachos se enteren de algo esta noche. Moles ha ido a verlos hace un rato.

—No sospechará Jack de que somos nosotros los que andamos tras su dinero, ¿verdad?

Smith sonrió.

—¿Tienes miedo, Robert?—preguntó con sorna.

—No es eso. Pero ya lo conoces y sabes lo que sería capaz de hacer con mi local si se enterase de que yo soy el que tiene el “mementor” de su amiga.

—Parece mentira que confíes tan poco en mí. ¿Para qué crees que me he instalado aquí?

—Hombre, yo...

—No seas tonto. Puedes estar tranquilo, ya que una de las cosas que me gustaría más es que viniesen aquí en plan de vengarse. ¡Entonces sí que tendríamos la ocasión de arrancarles la verdad!

—No olvides que la policía me tiene un poco fichado. La prueba fue la visita de la otra noche.

—No daríamos tiempo a la “poli” de intervenir. Además, tú no te verías

mezclado en nada. Nos los llevaríamos por ahí a darles un buen paseo y al volver puedes estar seguro de que traeríamos el dinero con nosotros.

Robert suspiró.

—Te digo francamente — confesó tras una corta pausa—que creía que iba a ser más sencillo.

—Pues te equivocas, Robert, Jack es un tipo de cuidado y no iba a dejar las ganancias al alcance del primer llegado.

—Tienes razón.

Llamaron en aquel momento a la puerta.

Smith se levantó como un gato y la pistola apareció en su mano como por ensalmo.

—Deja, abriré yo.

Y lo hizo, haciéndose a un lado, dispuesto a disparar a la menor sospecha.

Pero era Moles.

El gigante entró sonriente y se dejó caer en uno de los sillones.

—¿Qué hay? — inquirió su jefe acercándose a él.

—Hay bastante movimiento en aquella endemoniada casa.

—¿Qué quieres decir?

—Que llegaron los dos tipos de Jack, Alfred y John.

—¿Qué más?

—Luego salieron para llevarse el “fiambre” de Lewis.

—¿Les seguisteis?

—Curtis logró encaramarse al coche, sin que los otros se diesen cuenta. Cuando volvió, más tarde, me contó que no habían hecho más que enterrar a Paterson en las afueras de la ciudad.

—Bien.

—Pero nosotros estuvimos allí cuando Jack y David llegaron. Alsaker llevaba la cara untada de pomada. ¡Si le hubieras visto!

—¿Pomada?

—Sí, algo debió de ocurrirle.

—¿No hicieron nada más?

—No. Los otros dos volvieron, después de enterrar a su compañero mientras Jack y David limpiaban la habitación. Lo vimos desde la acera de enfrente. Luego se acostaron, pero dejaron a uno de guardia, que fue turnándose. Deben temer una nueva visita.

—¿Han quedado allí los muchachos?

—Sí.

—Está bien. Antes del amanecer iremos allí todos, con los dos coches. No quiero que hagan nada sin que lo sepamos.

CAPÍTULO VII



E abrió la puerta del despacho del inspector McLaine y, conducida por un agente, entró Judy, envuelta en su abrigo pero con huellas de fatiga y preocupación en el rostro.

—Buenos días, señora Peyton— saludó el inspector.

Ella contestó con un gruñido ininteligible,

—Vamos a ponerla en libertad, señora.

—¡Ya era hora!

—Sí, es posible que la hayamos retenido más de la cuenta. ¿Dónde va usted a ir?

Ella le miró, con un brillo de intensa rebeldía en los ojos.

—¿Tengo que decirlo?

—No es un deber, pero quisiera saber si va a volver a casa de su esposo.

Judy lanzó una risita nerviosa.

—¿Mi esposo? ¿Volvería usted junto a él si estuviera en mi lugar, inspector?

—¿Quiere que le conteste con franqueza?

Judy se encogió de hombros.

—¡Haga lo que quiera!—dijo.

Sin hacer caso del tono sarcástico de las palabras de la mujer, McLaine dijo:

—Yo volvería.

—¿Sí?

—Sí. Un hombre puede siempre perdonar si se le demuestra que se ha cometido un error y se está dispuesto a no volver más a las andadas.

La sonrisa se acentuó en los labios de la mujer, cuyo rostro estaba, en aquellos momentos, lejos de expresar belleza alguna. A los ojos de McLaine, Judy era entonces la muestra viva de algo que no puede enderezarse jamás.

—¡Le sientan muy bien esos aires de predicador, inspector! Creo que ha equivocado la carrera...

Y tras una pausa dijo:

—Un error se comete una vez, es cierto. Y fue lo que ocurrió cuando yo

me casé con ese tipo. Él creía que yo iba a consentir, como otras muchas, rendirme ante ese estúpido slogan de “contigo pan y cebolla”. ¡El muy iluso! Cuando se ha vivido como yo, teniéndolo todo al alcance de la mano... ¿cómo seguir al lado de un hombre que en un mes apenas gana lo que yo necesito para pagarme un capricho?

Tibble se dio cuenta de que no había nada que hacer.

Y el tono de su voz cambió como por ensalmo.

—Está bien, señora. Pero le advierto que la próxima vez que entre aquí no será para pasar unas cuantas horas. La vigilaré estrechamente y tendrá que andar con mucho cuidado... y muy recta, si quiere evitar serios disgustos.

Ella tornó a sonreír.

—Estoy acostumbrada a esa clase de advertencias, inspector; pero, de todos modos, se las agradezco. Abriré bien los ojos, no se preocupe.

—Puede irse.

—Muchísimas gracias.

Abandonó la comisaría, respirando con fruición el aire de la mañana. El día era bastante soleado y miró las calles con ansia, como si deseara incorporarse a su alocado ritmo cuanto antes.

Fue entonces, al llegar a la acera, cuando vio el coche que acababa de detenerse junto al bordillo.

—¡Eh, Judy!

Se volvió, sorprendida, viendo entonces el rostro de John Davey, que le sonreía.

También ella sonrió.

Sus amigos no la habían olvidado y allí estaban para recogerla y llevarla a lugar seguro.

Subió al coche y Alfred, volviéndose para mirarla, preguntó:

—¿Cómo ha ido eso, valiente?

—¡A las mil maravillas! Esos polizontes son siempre los mismos. ¿Dónde vamos?

—A casa. Jack está esperando. Quiere verte.

—Yo también...

El coche se puso en marcha.

* * *

—Ahí sale, Dorick.

Pero no hacía, falta que Al dijese nada. El agente de la SIP había visto perfectamente la silueta de su mujer cuando ésta salía por la puerta de la comisaría.

Por un momento, no pudo evitar que su corazón se pusiera a latir de una manera descompasada; pero casi en seguida — sobre todo al volver a ver el

abrigo de visión— la serenidad volvió a él.

—¡Mira ese coche!

La advertencia de su amigo hizo que Dorick volviese la cabeza, viendo el elegante vehículo que acababa de detenerse junto a la acera.

—Sí, vienen a buscarla.

—¿Los conoces?

—No, pero deben de ser de la banda de Jack. Pon el coche en marcha.

Ronroneó el motor y cuando el coche donde Judy había subido se apartó de la acera, lo hizo también el que conducía Ruster, siguiéndole por entre la intensa circulación de la calle.

Dorick no podía separar los ojos de la ventanilla trasera del coche que les precedía y por la que veía la cabellera rojiza de la que había sido la mujer a la que amó más en la vida.

Luchaba contra lo que aún quedaba en su corazón y se preguntó si habría tenido el coraje de recibirla y perdonarle si ella, al salir de la celda, hubiese ido directamente a la casa.

Prefirió no torturarse para contestar a aquella angustiosa pregunta.

Fue entonces, cuando ya dejaban atrás las imponentes avenidas de Space City, que su amigo se volvió ligeramente hacia él.

—Hay otro coche detrás del nuestro, Dorick.

El agente de la SIP clavó sus ojos en el espejo retrovisor de su lado, viendo un vehículo de color marrón que parecía, en efecto, seguirles.

—¿Lo ves? — insistió Ruster.

—Sí. Párate junto a aquel estanco. No podemos dejar que vean que la estamos siguiendo.

Al obedeció.

Afortunadamente, había aún la suficiente circulación para que los del coche marrón no se diesen cuenta de la maniobra del vehículo que llevaba Al.

Éste maniobró con naturalidad y soltura, haciéndose a un lado para dejar pasar a los que le seguían. Permanecieron unos instantes junto a la acera; luego Dorick dijo:

—Sigue al marrón, pero desde lejos. Él nos llevará tras el otro.

—¿Quiénes pueden ser?

—No lo sé. Antes creí que se trataba de un coche de la policía, pues era normal que siguieran a mi mujer, pero he visto, al pasar, las caras de los que van dentro. Y puedes estar seguro de que no son policías.

—¿Entonces?

—Lo ignoro.

El coche marrón era lo bastante visible para poder seguirle desde una respetable distancia, cosa que hizo Al.

Así llegaron al barrio que habitaba Jack y vieron que el coche que llevaba

a la muchacha se detenía ante una magnífica casa, quedándose el marrón a una cierta distancia.

Al paró lo suficientemente lejos para no despertar sospechas.

Dorick bajó del coche.

—¿Dónde vas?—le preguntó su amigo.

—A acercarme por detrás. Ya ves que todas estas casas tienen un jardín poco cuidado por la parte trasera, que da al campo. Voy a intentar llegar hasta allí para ver si puedo echar una ojeada.

—¿Llevas la pistola?

—Sí, no temas.

—Y ¿qué hago yo mientras tanto?

—Esperarme aquí. Si veo que van a salir, correré en tu busca. Lo mejor sería dejar el motor en marcha.

—Lo haré.

Dorick se alejó hasta pasar al otro lado de las casas. Entonces se permitió correr, ya que nadie podía verle por aquella parte. Cuando llegó a la altura de la casa donde había entrado Judy, examinó rápidamente los detalles del parque. Comprobó que no se había equivocado.

Minutos después estaba junto a la fachada y no tardó mucho en poder penetrar en el edificio, valiéndose de las artes que le habían enseñado en la SIP, ya que con la hebilla del cinturón consiguió abrir una pequeña puerta que daba al depósito de la calefacción.

Subió por una escalerilla que le condujo hacia una especie de sótano. Un nuevo “golpe de hebilla” y se encontró en el primer piso, detrás de unas cortinas, que ocultaban aquella puerta que conducía al sótano y desde donde le fue posible oír, la conversación que se estaba desarrollando en la habitación vecina, ya que habían dejado imprudentemente abierta la puerta que comunicaba el vestíbulo y el “living”.

* * *

Después de estrechar la mano de Jack y David, Judy se sentó en uno de los sillones y pidió un cigarrillo que Eubank se apresuró a darle.

La muchacha había notado la seria expresión en el rostro de Jack, que llevaba las huellas de la quemadura sufrida la noche anterior, pero ya sin pomada, ofreciendo una cara enrojecida e hinchada en algunas partes.

Iba a preguntarle qué le había ocurrido cuando él rompió el silencio que se había hecho:

—¡En menudo lio nos has metido, pequeña!

Ella asintió.

—Ya lo sé—dijo—, y créeme que lo siento, pero peor hubiese sido que el “mementor” cayese en manos de la policía. Después de todo, no ha pasado nada.

—¿Que no ha pasado nada? ¿No te han contado nada los muchachos?

—No.

—Pues te lo diré yo. ¿Dónde dejaste el aparatito?

—Lo escondí en el “Finger Ring” cuando me sacaste a bailar. Y no me dirás que hice mal, ya que si lo hubiera tenido en la mano, la policía me lo hubiese cogido.

—¿Así que se trata de ese granuja de Leamen? ¡Nunca lo hubiese creído!

—No te entiendo.

—Pues es muy fácil. El “mementor” ha caído en manos de alguien que se ha enterado de todo lo que contenía esa maldita cinta. Y nos han visitado esta noche. Han matado a Paterson y rebuscado en toda la casa para encontrar el dinero.

—¡Oh!

—Nosotros no sabíamos dónde lo habías escondido, por eso enviamos al abogado para que te lo preguntase.

—Yo le dije que estaba en un lugar seguro.

—¡Y tan seguro! ¡Maldito Leamen! ¡Pronto verá que no se puede jugar con Jack!

—¿Qué piensas hacer?

—Ir al local y sacarle el “mementor”, aunque tenga que arrancarle los ojos.

—Un momento... —intervino David.

Alsaker se volvió hacia él.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Has olvidado que Robert es incapaz de hacer lo que se ha hecho.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese granuja ha debido de llamar en su ayuda a alguna banda.

—David tiene razón — asintió la muchacha—. Yo tenía un plan y creo que es el mejor.

—¿Cuál es tu plan?

—Sencillamente. Yo debo ir al “Finger Ring” y pedir el “mementor”.

—¿Crees que te lo van a dar?

—Es posible que sí, puesto que ya conocen su contenido. Pero mi idea es que, mientras los distraigo, vosotros podéis entrar y acabar con esa gentuza para siempre.

—No está mal.

—De todos modos, no podemos hacer nada hasta que llegue la noche. Intentar entrar en el local a estas horas sería estúpido. ¿No os parece?

—Tienes razón, Judy.

—Yo voy a tomar un buen baño y luego me echaré un rato antes de comer. Terminaremos de discurrir el plan mientras comemos.

—Está bien.

Judy se puso en pie y cuando llegaba a la puerta se volvió.

Mirando a Alsaker y no pudiendo dominar su curiosidad, preguntó:

—¿Qué te ha pasado en la cara, Jack?

—Fue tu marido.

Ella dio un grito.

Luego preguntó:

—¿Dorick? ¿Cómo lo hizo?

—Fuimos a tu casa, creyendo que habías escondido el “mementor” allí. Y cuando estaba distraído, en la cocina, vigilando a tu marido y a otro tipo que estaba con él me tiró la cafetera a la cara. De no ser por David, lo hubiésemos pasado mal...

Ella no pudo contenerse y se echó a reír.

Amoscado, Jack dijo:

—Yo no le veo la gracia. Siempre nos dijiste que ese tipo era un inútil, un incapaz y un cobarde.

—Ahora puedo deciros la verdad.

—¿Qué verdad?

—La única que existe: Dorick estaba en la SIP cuando le conocí. Fue él quien mató a los hermanos Rossini.

—¿La... SIP? — bramó Jack.

Se había acercado a ella y la cogió por los brazos, sacudiéndola brutalmente.

—¡Estúpida!— rugió—. ¿Por qué no me dijiste la verdad?

—No era posible, Jack.

—¿Por qué?

—Porque nunca me hubieses hecho caso si hubieses sabido que Dorick había sido de la Spacial International Police. ¿No es cierto?

El otro la soltó.

—Tienes razón; pero, al no decirlo, has estado a punto de permitir que me diera un disgusto. Porque si yo hubiera sabido que había sido un polizante, habría tenido mucho más cuidado.

—No te preocupes por él, Jack. Tuvo que salir de la SIP al casarse conmigo. Pero, compréndelo, yo no tenía otra alternativa, ya que tuve que empujarle para que matara a los italianos y no se enterase de que yo era... la mujer de uno de ellos.

* * *

Cuando Dorick llegó junto al coche, Al se percató de la indecible expresión de desencanto que había en el rostro de su amigo.

—¿Has podido entrar? — preguntó Ruster, cuando su amigo hubo tomado

asiento a su lado.

—Vamos hacia la ciudad. Tenemos tiempo hasta la noche — contestó Dorick, evadiéndose de responder a lo que el otro le había preguntado.

Estaba destrozado moralmente.

¿Cómo podía haber imaginado que Judy era la mujer de uno de aquellos granujas que había matado en la última operación que hizo a las órdenes de la SIP?

¡Ahora lo comprendía todo!

Había sido un muñeco, un fante en manos de aquella mujer que lo manejó a su antojo, sirviéndose de él primero para evitar caer con los Rossini o ser culpada de complicidad, después para abrirse paso, en Marte, con la banda de Jack.

Toda la ternura que podía haber aún en su corazón se evaporó por completo. Sólo le quedaba un sabor amargo en la boca y el ansia de que todo aquello terminase cuanto antes, lanzándolo a un pasado que pudiera empezar a intentar olvidar.

—¿Dónde vamos? — inquirió Al, una vez en el centro de la ciudad.

—A casa.

No tardaron mucho en estar sentados en el “living”, tomando un vaso y fumando un cigarrillo.

—Todavía no me has dicho lo que ha pasado— dijo Al.

—Nada de particular. Tengo que comunicar a la policía lo que he oído. Nosotros ya no podemos seguir.

—Me desilusionas. ¡Y yo que creía que íbamos a pasar juntos una magnífica aventura!

—No puede ser.

En realidad, Dorick no deseaba mezclar a su amigo en lo que iba a ocurrir aquella noche en el “Finger Ring”, ya que estaba seguro de que el choque sería brutal.

No podía exponer la vida de Ruster. La suya sí, ya que tenía la autorización de Callowan y obraba de nuevo como agente de la SIP.

—Te aconsejo — dijo después — que vuelvas a tu casa. Ya te informaré de lo que me diga el inspector.

—Como quieras...

Dorick sonrió, sacando un fajo de billetes de su cartera.

—Y no creas que me olvidaba de tu situación económica, amigo. ¡A ver si tienes más suerte esta vez!

—¡Seguro! Muchas gracias, Dorick. Todavía me quedan unos días de permiso. ¿Volverás conmigo al trabajo después?

—Ya veremos...

CAPÍTULO VIII



L coche marrón adelantó fácilmente al otro, sin que los ocupantes de éste se percatasen de ello, cuando los del otro se dieron cuenta de la dirección que llevaba el vehículo de la banda de Jack.

Apretando el acelerador,

Moles llevó el coche ante el local, frenando bruscamente mientras los miembros de la banda bajaban casi en marcha.

Smith dio órdenes:

—Tres de vosotros os quedaréis en la sala, pendientes de lo que hagan los tipos de Jack. Sobre todo, vigilad a esos dos matones que tienen tanta aflicción a dar gusto al gatillo. ¿Entendido?

—Sí.

—Tú, Moles, vente conmigo. Y esos dos que se queden fuera por si Alsaker intentase preparar alguna trampa en el exterior. Al mismo tiempo, avisarán si llegan los polizontes,

—De acuerdo.

Penetraron después en el local, que ya estaba bastante animado a aquella hora temprana de la noche. Moles y Smith se dirigieron hacia el despacho de Leamen.

El dueño del “Finger Ring” estaba allí y levantó la mirada de los libros que estaba consultando al ver llegar a sus amigos.

Moles, que fue el último que entró, cerró la puerta. Smith se dejó caer en un sillón.

Y Robert preguntó:

—¿Algo nuevo?

—Se acerca el final.

—¿Qué quieres decir, Smith?

—Que Jack y sus amigos vienen hacia acá.

—Entonces... ¿saben ya que hemos sido nosotros?

—Si.

—¿Quién se lo ha dicho?

—La chica. Salió esta mañana de la comisaría y los dos pistoleros la esperaban ya en un coche.

—¿Y la policía?

—No ha hecho nada. No obstante, esta mañana vimos un coche sospechoso y creímos que McLaine nos estaba siguiendo. Pero el coche se paró mucho antes de llegar a casa de Jack.

Robert había palidecido.

—¡Van a destrozar mi local!

—No seas estúpido. Tampoco a ellos les conviene armar demasiado escándalo.

—¿A qué crees que vienen entonces?

—A liquidarnos.

Leamen se estremeció.

—¿Has tomado ya todas las precauciones necesarias, Smith?

El otro sonrió, con desprecio.

—No te preocupes. Tu asqueroso pellejo está seguro. ¡Me das asco, Robert! No me gusta tratar con cobardes.

—Perdona, Smith, pero yo no soy un hombre que ama la pelea. Soy un hombre de negocios...

—...sucios, la mayoría de las veces.

—Tienes razón. Pero no me gusta la violencia.

—Hoy tendrás que soportarla, amiguito. Aunque procuraremos hacer el menor ruido posible. — Y tras una pausa continuó —: ¡No sabes cuánto me alegra que Jack se haya decidido, al fin, a dar la cara! Ahora tendremos ocasión de saber dónde ha metido la pasta. ¿Verdad que sí, Moles?

—Seguro, jefe. Déjame un cuarto de hora y me contará la historia completa de su vida.

Pero aquello no hacía gracia alguna a Robert, que seguía pálido, nervioso, y que preguntó poco después:

—¿Estás seguro de que vienen hacia aquí?

—Completamente seguro. Además he puesto a uno de mis hombres junto al teléfono y nos avisará en cuanto los vea.

Como si el aparato hubiese comprendido a Smith, empezó a sonar en aquel momento.

Robert miró el combinado sin atreverse a cogerlo. Fue Smith quien lo tomó.

—¡Diga!

Escuchó unos instantes.

Luego dijeron:

—Abrid bien los ojos y no os fieis de nadie.

Y colgó.

—¿Qué hay? — inquirió Robert, más pálido que nunca.

—Han llegado y se han sentado Jack, David y la muchacha a la mesa número ocho.

—¡La de la otra vez!

—¿Vas a ser supersticioso ahora?

—No. ¿Y los otros?

—Los dos pistoleros se han quedado en la calle.

—¿Para qué?

—¿Eres idiota? ¡Para garantizarles la salida! Aunque de poco les servirán todas esas precauciones. Tienen que dar la cara y la darán...

El teléfono volvió a sonar, haciendo que Robert se estremeciese.

Smith lo volvió a coger.

—¡Diga!

Escuchó atentamente mientras una sonrisa se pintaba en sus delgados y pálidos labios.

—¿Qué ocurre ahora? — preguntó, secándose el sudor que perlaba su frente.

—Han enviado a la muchacha hacia aquí. Quieren parlamentar...

En efecto, momentos después alguien llamaba a la puerta y Smith, haciendo un guiño a su amigo, dijo:

—Abre, Moles..., y cierra después con cerrojo.

—Sí, jefe.

La muchacha entró, mirando a los hombres que allí había. Estaba tranquila y una sonrisa entreabría ligeramente sus pintados labios.

—¿Puedo sentarme? — preguntó, sin dejar de mirar a Robert.

Fue Smith quien contestó.

—¡Naturalmente, preciosa! Aquí tienes el asiento más cómodo.

Ella se dejó caer, con gracia, cruzando después las piernas y, abriendo el bolso, extrajo de él un cigarrillo.

Iba vestida con un traje de calle de color gris y llevaba una gabardina azulada sobre los hombros.

—¿Qué deseas? — preguntó Robert, que no podía contenerse más.

Pero ella no contestó hasta haber encendido su cigarrillo. Y tras echar el humo hacia el rostro de su interlocutor, dijo:

—Hiciste mal en guardar mi “mementor”, Robert.

Smith intervino de nuevo:

—Déjate de preámbulos, encanto, y di lo que Jack te ha ordenado decirnos.

—Está bien. Jack quiere el “mementor”.

—Y nosotros estamos dispuestos a dárselo—replicó Smith, sin dejar de sonreír.

—¿De veras?

—¡Naturalmente, monada! Sólo que pedimos dos-cientos cincuenta mil créditos por esa cajita.

—¡Estás loco!

—¿Tú crees?

—Sí. Ese “mementor” no tiene ningún valor.

—No lo creo yo así. ¿Te imaginas la cara de alegría que pondría McLaine si lo tuviese en su poder?

Ella se estremeció.

—¡No irás a decirme que vas a entregárselo a la policía!

—Todo depende de Jack, preciosa. Además creo que me toca a mí ahora preguntar. ¿No te parece?

—No sé.

Judy se daba cuenta de que aquel hombre, al que conocía de oídas, no era el blando Robert, sino un tipo dispuesto a conseguir lo que deseaba. Y no pudo contener un estremecimiento.

Smith, que se había dado cuenta, acentuó su sonrisa.

—¿Dónde está el dinero, Judy? — le preguntó bruscamente.

—¿Qué dinero?

—No te hagas la tonta. Ya sabes de qué hablo. Yo también he oído tu encantadora voz en el “mementor”.

—Lo tiene Jack.

—¿Dónde?

—No lo sé.

Smith dio un puñetazo en la mesa.

Luego volviéndose a medias, dijo:

—¡Moles!

El gigante se acercó pesadamente balanceándose sobre sus pies, como un gorila.

—¿Qué hay, jefe?

—Pasa a este cuarto de al lado con esta chica y convéncela de que debe decirnos la verdad.

Judy se puso en pie de un salto y arrojó el cigarrillo.

—¡Yo no sé nada, lo juro! Jack es el único que conoce el escondite del

dinero.

—¡Llévatela, Moles!

Ella intentó gritar, pero el golpe que le dirigió el gigante la dejó medio atontada. Moles se la echó al hombro como si se hubiera tratado de un pelele.

Pálido como la muerte, Robert los vio desaparecer en el cuarto de al lado, en su “living”.

Y con voz ronca dijo:

—¿Qué va a hacer, Smith?

El “gangster” sonrió, seguro de sí mismo.

—No te preocupes, no te manchará las alfombras... Quédate aquí y tápate los oídos.

—¿Dónde vas?

—A echar una parrafada con Jack.

Y salió.

* * *

Desde hacía más de una hora, Dorick había ocupado una mesita apartada del centro de la pista, en el “Finger Ring”. Sabiendo que las dos bandas iban a dirimir sus diferencias, esperaba el momento de intervenir, dándole a cada uno su merecido.

Vio llegar a los hombres de Smith y dirigirse éste, en compañía de un gigante, al despacho del dueño del local.

Luego llegó Jack y los suyos.

Al volver a ver a Judy, tan linda como siempre, se asombró de no experimentar ninguna sensación especial. Ahora le parecía tan distante, tan lejos de sí, que podía mirarla como a una mujer extraña. Como si nunca la hubiese conocido.

Estaba pendiente de los movimientos de aquellos granujas y cuando vio salir a Smith, mirando al salón, sobre todo a la mesa ocho, abandonó la suya y se colocó más cerca, cosa que consiguió sin llamar la atención, ya que la algarabía era bastante intensa en la sala.

Smith avanzó hacia Jack y David. Dorick se había colocado de espaldas a ellos, pero lo suficientemente cerca para poder oír casi todo lo que hablasen aquellos sujetos.

Smith llegó ante la mesa de los otros y se sentó frente a ellos, con una cínica sonrisa en los labios.

—¡Hola, amigos! —saludó.

Ninguno de los otros dos despegó los labios.

—¡Poco locuaces estáis esta noche!—comentó Smith—. Justamente cuando deseaba charlar con vosotros.

—¿Qué quieres? — terminó por preguntar Jack.

—Ya puedes suponértelo.

—¿Y Judy?

—Se ha quedado arriba charlando con uno de mis hombres.

Jack se mordió los labios.

Luego, mirando fijamente al hombre que tenía enfrente, dijo:

—Habla claro, Smith. Ya te conozco y sé que, como a mí, no te gusta andar con rodeos.

—Está bien. Vosotros queréis el “mementor” de Judy. Y nosotros queremos doscientos cincuenta mil “pavos” por él.

—¿Has perdido la cabeza?

Smith sonrió.

—Eso es lo mismo que ha dicho la chica. Veo que la tienes bien enseñada.

—No estarás torturándola, ¿verdad?

—¡Qué palabras más fuertes!

—¿Qué hacen con ella?

—No te preocupes. El hombre que está a su lado es todo un caballero.

—No será el mismo que se encargó de hacer hablar a Lewis, ¿verdad?

Smith lanzó una carcajada.

—¡Qué humor tienes, Jack! ¡Eres impagable!

Dorick no pudo resistir más.

Seguro de que Judy estaba pasando unos malos momentos, no pensó ni un solo segundo en que ya no significaba nada para él. Pero, aunque no la hubiese conocido nunca, hubiera obrado de la misma manera, ya que podía dejarla ir al banquillo de los acusados, pero no que la torturasen,

Ni a ella ni a ninguna otra mujer.

Moviéndose con presteza y sabiendo que la atención de las dos bandas estaba ahora concentrada en la mesa ocho, se escurrió por el lado del mostrador, llegando al pasillo que conducía al despacho de Robert.

Llamó a la puerta.

Creyendo que Smith regresaba, Leamen no le hizo esperar y le abrió inmediatamente.

No pudo ni abrir la boca.

Dorick le dio un golpe en la nuez, con el puño cerrado, cogiéndolo en vilo a tiempo de evitar que se desplomase.

Después de dejarle en el suelo, detrás de la puerta, para dificultar el paso de quien llegase de improviso, el agente de la SIP avanzó con precaución hasta la puerta del fondo, que estaba entreabierta.

La abrió del todo de una patada.

Moles, que tenía un cuchillo en la mano, se volvió, mirando a Dorick con sus ojillos llenos de siniestras luces.

Tenía las manos empapadas en sangre.

No perdió mucho tiempo, comprendiendo que aquel hombre era un enemigo, y se lanzó sobre él, levantando la mano armada, sin dar tiempo a que Dorick sacase la pistola.

Pero el agente de la SIP se las había visto de igual color.

O aún peores.

Esperó al coloso a pie firme, escurriéndose hacia un lado cuando Moles le dirigió un golpe con el cuchillo. Luego, sin perder el control de sus músculos, el joven lanzó su puntera derecha sobre el bajo vientre del otro, que lanzó un rugido, doblándose en dos.

Dorick pudo entonces sacar la pistola, que cogió por el cañón, sabiendo que no podía permitirse el lujo de hacer ruido alguno.

Con la culata golpeó la cabeza de Moles, repetidamente, con saña, sin atreverse a mirar a Judy, pero comprendiendo todo lo que aquel canalla le había hecho padecer.

Moles terminó desplomándose como una masa pesada, quedando inmóvil en el suelo, con un chorro de sangre que le brotaba de la cabeza y que no tardó en teñir sus cabellos de rojo intenso.

Entonces, respirando con fuerza, Dorick se acercó al sillón donde yacía su esposa.

Judy estaba cubierta de sangre, pero tenía los ojos desmesuradamente abiertos, mirando, sin dar crédito de lo que veía, al rostro de Dorick, que se acercaba paulatinamente al suyo.

El dolor mordía salvajemente las entrañas del agente de la SIP, que en aquel momento había olvidado todo lo que había sufrido por aquella mujer.

—¡Judy!

Ella hizo un esfuerzo por sonreír, no logrando más que una mueca. Su respiración era francamente dificultosa.

—¡Judy: ¡Voy a llamar a un médico!

Pero ella denegó con la cabeza. Y reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban dijo:

—No... vale... la pena... Dorick...

—Todavía puedes salvarte,

—Sería... peor... He sido muy mala... contigo...

—¡Olvida eso ahora, por favor!

—No... puedo... mo... rir... sin ... sa... ber... si...

—...sin... saber... si... me... perdonas...

—¡Sí que te perdono, Judy! ¡De todo corazón!

Una sonrisa, esta vez lograda, asomó a los labios de ella.

—...ahora... sí... que... soy... fe... feliz.

E inclinó la cabeza, dejando de respirar.

EPÍLOGO

Permaneció unos instantes al lado del cuerpo inmóvil de Judy, El rostro de ella, que la muerte había serenado, le recordaba la expresión de otro tiempo, cuando teniéndola en sus brazos se consideraba el hombre más dichoso que jamás hubiese existido.

Luego reaccionó.

Tenía que obrar sin perder tiempo, como había aprendido en la SIP, sin piedad para los canallas que habían provocado aquella catástrofe en su corazón.

Y no pudo evitar sentir el asunto como un caso propio de venganza personal, ya que el cuerpo de Judy lo reclamaba a grandes gritos.

Echando una ojeada a Moles, que estaba en muy mal estado, pasó a la habitación vecina. Comprobó que Robert seguía sin conocimiento y que lo estaría aún por largo rato.

Apretó tanto la pistola en sus dedos, que la presión tornó exangües en los nudillos.

¡Ahora iban a ver!

Corriendo el cuerpo del dueño del local, desembarazó la puerta, abriéndola después y saliendo al exterior. Tomó entonces el corto pasillo que conducía hasta la sala. Había cinco escalones entre el final de éste y el local, cosa que le permitía gozar de una cierta altura, pudiendo dominar la totalidad del salón.

Como había llegado el primero al “Finger Ring“, conocía la situación de los dos hombres que Smith había colocado al fondo de la sala.

Era de estos dos de los que tenía que ocuparse antes que nada. Sabía que habría de moverse con velocidad y, sobre todo, sin fallar un solo disparo.

Le hubiese gustado tener en la mano la formidable Special-Lüger del servicio, pero tampoco estaba mal la pistola que el bueno de Ruster le había entregado.

Avanzó con cuidado, quedándose junto a las cortinas desde donde pudo ver que los dos hombres de Smith seguían pendientes de su jefe que, a su vez, proseguía en animada charla con Jack y David.

Había llegado el momento.

Disparó, con una precisión matemática, contra aquellos dos granujas que cayeron, con una bala en la frente, sin poder hacer nada por evitarlo.

El escándalo que los disparos produjeron fue mayúsculo.

Pero el alboroto no hizo perder el tiempo a Dorick. Ni su sangre fría. Bajó de un salto los escalones, haciendo fuego contra Smith, en el momento en que éste, creyendo que se trataba de una trampa de sus enemigos, mataba a David, de un disparo a quemarropa.

Smith cayó muerto al suelo.

Pero en aquel momento, y aprovechándose del correr de la gente y de los gritos de las mujeres, Jack consiguió escabullirse, corriendo hacia la salida.

También se oían disparos en el exterior, ya que los pistoleros de Jack debían estar peleando con los que Smith había dejado vigilándolos.

Dorick se abrió paso a codazos, como pudo, hasta llegar a la puerta que atravesó como una exhalación, siempre con la pistola en la mano y vigilante.

Alfred Tsongas, uno de los pistoleros de Jack, yacía muerto ante la entrada. Otros dos cuerpos de los hombres de Smith estaban un poco más lejos, muertos también.

Dorick pasó sobre ellos.

Acababa de ver un coche que empezaba a andar y se dio cuenta de que Jack se escapaba en compañía de John, el otro pistolero.

Corrió hacia su propio vehículo, saltando a él y poniéndolo en marcha. En aquel momento las primeras sirenas de los coches patrulla se dejaron oír por el fondo de la calle.

El hombre de la SIP apretó el acelerador.

Poco después, al final de la avenida, alcanzó ya a ver el vehículo que le precedía. Dio más marcha al suyo y vio con satisfacción que la distancia se acortaba entre él y los perseguidos.

Se mordió los labios.

En el fondo, se alegraba de que Jack hubiera escapado a una muerte rápida en el local. Prefería encontrarse con él cara a cara, ya que había sido, en cierto modo, el culpable de todo lo que le había ocurrido a Judy, puesto que fue él quien la aceptó sin reservas.

Los vehículos habían abandonado la ciudad y corrían ahora por una pista que llevaba a Columbia.

Dorick se acercó más.

Y cuando creyó poder disparar a uno de los neumáticos, lo hizo con aquella precisión que tanta fama le había dado en la Spacial International Police.

No falló.

El coche empezó a dar bandazos, girando locamente sobre su plano de gravedad. Dorick tuvo que dar un golpe brusco al volante para no chocar contra él.

Luego frenó y saltó a tierra.

También se había detenido el otro, y sus dos ocupantes estaban ya fuera, con las armas dispuestas.

Las balas se clavaron en la carrocería del coche del agente. Y éste, que había adivinado las intenciones de sus adversarios, apareció por donde los otros no le esperaban, tumbando de un certero disparo a John, que cayó al suelo con la cabeza atravesada por un balazo.

Jack dio un salto y se ocultó detrás del coche.

Entonces el agente corrió valientemente en zigzag, ya que acababa de oír, cada vez más cercanas, las sirenas de la policía y no deseaba que Jack se le escapase.

De ningún modo.

Un balazo le hizo sentir una quemadura en el brazo izquierdo; pero, haciendo caso omiso del dolor, llegó junto al coche, contorneándolo y lanzándose sobre Alsaker, cuyo rostro estaba aún enrojecido por las quemaduras que había sufrido.

Dominando a su adversario con una técnica que el otro no podía igualar, Dorick consiguió ceñir sus manos al cuello de Jack.

Y apretó.

Fue insensible a las miradas de cobarde súplica que el otro le dirigió. Tenía ante sus ojos la imagen ensangrentada de Judy y continuó apretando hasta que unas manos fuertes le arrancaron el cuerpo de su enemigo.

Tibble McLaine estaba ante él, ceñudo.

—¿No le dije que no se metiera en esto, Peyton?

Y como el joven no dijese nada dijo:

—Voy a tener que detenerle.

—No lo hará, señor.

—¿Por qué?

Dorick sacó del bolsillo la flamante credencial que Callowan le había enviado por teletipo, tendiéndosela al inspector.

Éste sonrió.

—Debí sospechar algo parecido. ¡Encantado de estrechar su mano, señor Peyton!

—Gracias, señor.

—Vosotros. Registrad a éstos y mirad el coche.

—¿Cree que encontrará algo importante?

—Todavía nos falta un eslabón de la cadena, amigo mío.

—¿Cuál?

Pero McLaine no pudo contestar, ya que un agente le entregaba todo lo que había encontrado en el cuerpo de Jack.

El inspector miró todo con detenimiento, dando unas llaves a uno de los agentes.

—Abre el cofre del coche — ordenó.

Después, enseñando una cartulina a Dorick, dijo:

—Creo que hemos encontrado la solución.

—¿De qué se trata?

—Es una tarjeta de un tal doctor Andrew Kimerlan. Sospechábamos hace mucho tiempo que ganaba demasiado dinero con una consulta sin importancia. Pronto saldremos de dudas.

Y en aquel momento, el agente al que había entregado las llaves:

—¡Eh!—llamó—. ¡Aquí, señor!

Tibble y Dorick se acercaron a la parte trasera del coche.

El policía había abierto el cofre y después un maletín que había en el interior y que estaba lleno de dinero y joyas.

—Aquí está el producto de todo lo que hicieron. ¡Ya podían buscarlo Smith y los suyos!

—No fue mala la idea de ponerlo aquí. Así lo tenía preparado en caso de huida.

—Desde luego. ¿Vamos, Peyton?

—¿Dónde, señor?

—A casa de ese médico.

No tardó mucho el coche de la policía en detenerse ante un edificio moderno, en pleno centro de la ciudad.

Subieron en un elegante y silencioso ascensor hasta llegar a la planta 118, tomando luego un pasillo hasta detenerse ante una puerta sobre la que había una placa dorada con el nombre del médico.

McLaine pulsó el botón del timbre.

Fue el médico en persona, con un batín elegante, quien les abrió, frunciendo el ceño al no conocerles.

—No es hora de consulta, señores — dijo intentando cerrar la puerta.

Pero Tibble, poniendo el pie, se lo impidió.

Y dijo sonriente:

—Es hora para la clase de consulta que queremos hacerle, doctor.

Le empujó, penetrando en la casa seguido por Dorick.

Gruñendo, el médico les llevó hasta su despacho, puesto con toda clase de lujo, señalándoles sendos asientos.

Y una vez todos acomodados, el médico invitó:

—¿Quieren decirme lo que desean?

—En seguida — repuso el inspector—. ¿Conoce a una joven enfermera

llamada Judy?

—No.

—¿De veras?

—Hablo en serio.

—¿No ha tenido nunca relaciones con un tal Jack Alsaker?

—No conozco a nadie que se llame así.

McLaine se encogió de hombros.

Y volviéndose a Dorick dijo:

—Ustedes, los de la SIP, tienen maneras de hacer hablar a los que se niegan a decir la verdad, ¿no es así, amigo?

—Comprendido.

Dorick se puso en pie.

Su primer puñetazo dio en la sien del médico, enviándole, con sillón giratorio inclusive, a uno de los rincones.

Luego se acercó a él y preguntó:

—¿Bastante? ¿O quiere más?

Pálido como el papel, el médico se puso en pie.

—Bastante —suspiró.

Dorick le ayudó a sentarse, colocándole el sillón giratorio. Después se acomodó junto al inspector.

—Puede usted seguir preguntando —dijo.

—Bien —suspiró McLaine—. ¿Conocía usted a Judy?

—Sí.

—¿Trabajaba para usted?

—Sí.

—¿En qué consistía el trabajo?

El médico dudó unos instantes.

Luego, decidido, balbució:

—Yo... procuraba morfina a ciertos clientes míos.

—¿La necesitaban médicamente?

—A veces.

—Entendido. Usted hacía el tráfico de drogas. Siga.

—Judy era la encargada de inyectarles, cosa que se hacía siempre a domicilio.

—¿Qué más?

—Judy debía darles más dosis, y cuando los pacientes se dormían, recorría la casa, examinando todo lo que hubiese de valor. Luego, Jack y sus hombres, aprovechando otra inyección más intensa, iban a las casas, después de que Judy se hubiera ido, y se apoderaban de todo lo que en ellas valía la pena.

—¿Y cómo reaccionaban los robados?

—¡Generalmente, bien.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que yo solía llamarlos, por teléfono, poco después del robo, y cuando ya estaban despiertos. Ellos me comunicaban lo que había ocurrido y yo les aconsejaba no decir nada, ya que la policía podía, al mismo tiempo, descubrir su vicio.

—¡Muy bien pensado! ¿Y los otros?

—¿Quiénes?

—Los que denunciaron el robo; porque tenemos archivados algunos de esos casos.

—No insistían demasiado, ya que, si se ponían pesados, yo les amenazaba con quitarles la droga.

—¿Y dónde obtenía usted la morfina?

—De los servicios oficiales. Yo daba de alta a los enfermos, con declaraciones de enfermedades que necesitaban droga para evitar el dolor.

McLaine sacó unas esposas y momentos después estaban en el coche, camino de la comisaría.

—¿Qué va usted a hacer ahora? —inquirió a Peyton.

—Me iré. Voy a vender la casa y todo lo que hay dentro.

—¿Y luego?

—Vuelvo a la Tierra.

—¿A la SIP?

—Sí. Nunca debí salir de ella..., pero ya es demasiado tarde para querer borrar el pasado.

McLaine asintió con la cabeza.

Después, sin mirar al joven, dijo:

—Quiero hacerle una pregunta delicada, Dorick.

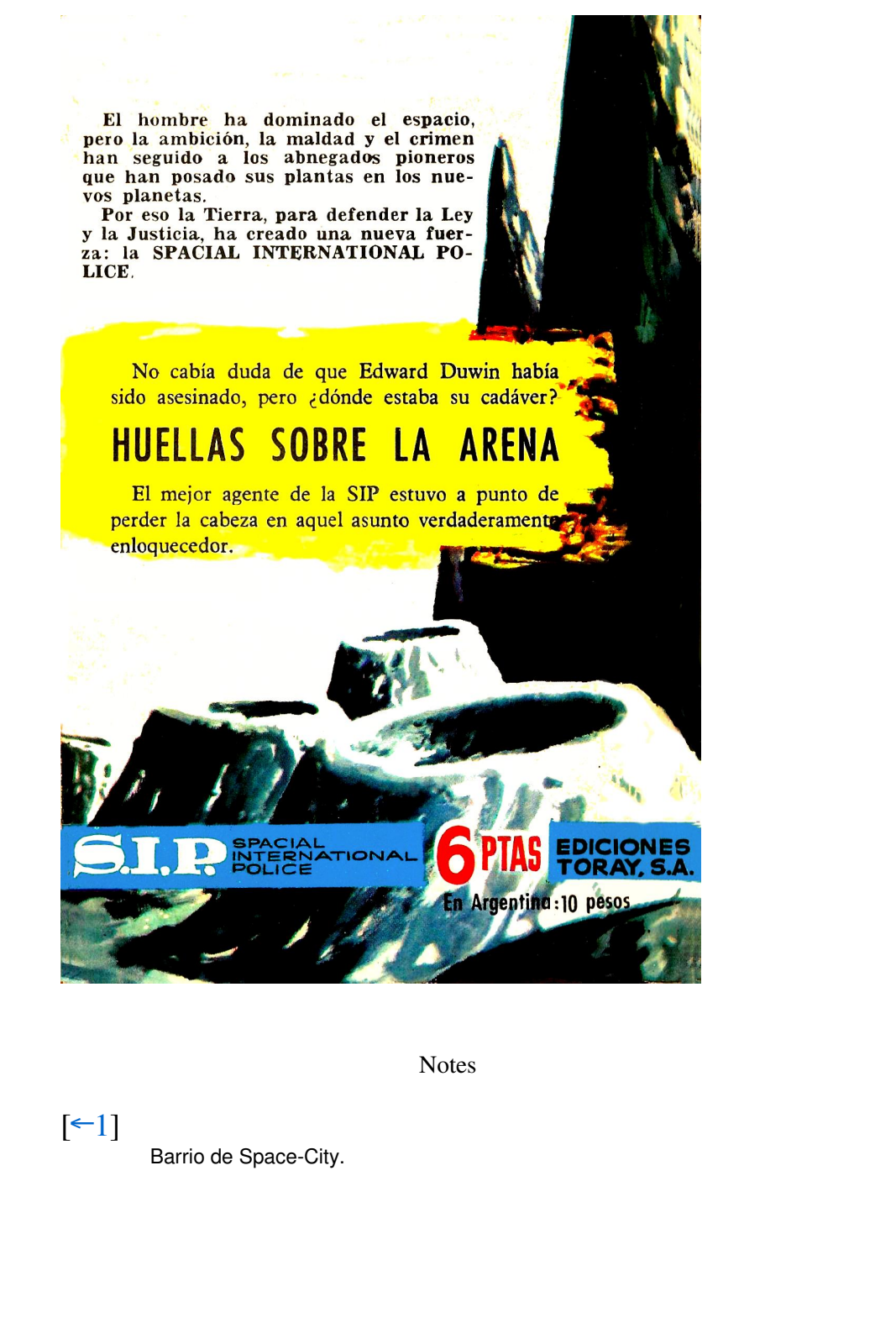
—¿Cuál, señor?

—Conteste con franqueza. Si su esposa hubiera salido con vida..., ¿la hubiera perdonado?

Dorick entornó los ojos, quizá para evitar que el policía viese el excesivo brillo húmedo que aparecía entre las pestañas.

—Sí—dijo después—. La hubiese perdonado..., porque me he dado cuenta de que, al morir, era lo que más le importaba. Y eso quiere decir que aun a pesar de todo, incluso a pesar de ella misma, me seguía queriendo.





El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

No cabía duda de que Edward Duwin había sido asesinado, pero ¿dónde estaba su cadáver?

HUELLAS SOBRE LA ARENA

El mejor agente de la SIP estuvo a punto de perder la cabeza en aquel asunto verdaderamente enloquecedor.

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

**EDICIONES
TORAY, S.A.**

En Argentina: 10 pesos

Notes

[←1]

Barrio de Space-City.